Archivos Inconscientes

Diego Corzón Pereira

RELATOS CORTOS

ARCHIVOS
INCONSCIENTES

DIEGO CORZÓN PEREIRA

Capítulo 1

LA CAJA

Ya estoy cerca de casa, el día ha sido terrible. Me empujaron dos veces, me tiraron el bocadillo de comida roja a una papelera. Mamá me reñirá. No sé por qué me llaman extraterrestre. Yo intento no molestar a nadie, como mamá me dice que haga, pero ellos no hacen lo mismo conmigo. Pero no estoy triste, hoy por fin es el Día "D", el día en que puedo llevar a cabo mi plan. Eso me anima un poquito.

Mi casa está en los límites del pueblo, es fácil encontrarla, porque aparece cuando ya no ves más casas a los lados de la carretera. Tiene muchos colores, eso me gusta, pero también tiene muchas grietas, eso no me gusta. Tengo que darle dos fuertes empujones a la verja que chirría.

Voy con cuidado para no tirar ninguno de los perros de porcelana que tenemos en el jardín, tenemos muchos, casi hay más perros que jardín. Mamá compró alguno nuevo hace poco. Dice que protegen la casa. Yo le digo que se nota que son de mentira. Ella me dice que en los tiempos que corren todo el mundo tiene la vista quemada de los ordenadores y eso. Que para asustar a los ladrones con dioptrías es suficiente. Mamá no quiere comprarse un perro de verdad, a mamá no le gustan las mascotas. A mamá no le gustan mucho las cosas vivas.

Llamo al timbre, mamá me abre casi al instante, a veces creo que se queda esperándome en la puerta. Le doy un beso, ella me da otro y me pregunta que tal el día, mientras me hace dar una vuelta entera para mirar si me he manchado la ropa, luego me abre la boca.

—¿Te ha entrado algo en la boca? —me pregunta, yo le digo que no—. ¿Ni un parásito ni nada? —Otra vez un no—. ¿No te dormirías en la hierba?, sabes que pueden entrar cuando estas dormido. —Lo niego todo y le digo que las tenías no son tan listas, que lo he visto en la enciclopedia.

Ella resopla, y me manda subir a cambiarme de ropa y a bañarme. Subo al segundo piso, juego al desfile de la rana con el crujido de los tablones. Echo una mirada a la puerta negra, la misteriosa puerta, me viene un repelús. "Esta noche, esta noche es mi oportunidad" y, con un revoltijo en la tripa, sigo andando.

Mientras estoy en la bañera, mamá viene a dejarme ropa limpia. Me mira y me sonríe, Mamá es muy blanca, muy blanca; su pelo también lo es, y sus ojos. Es alta y muy guapa, es como una princesa de las cumbres. Siempre va vestida del cuello al suelo, siempre de azul, o de morado; de

rojo, no, nunca de rojo. Mamá no lleva pulseras ni collares como otras mamás, del cuello solo le cuelga ese llavero. Yo lo miro y me muerdo un labio, en él hay tres llaves, oxidadas y de distintos tamaños. Sigo mirándolas hasta que mamá sale del cuarto. "Espera, paciencia", me digo, "esta noche, paciencia".

Cuando bajo ya ha encendido el fuego. Nosotros no miramos el televisor, por lo de las dioptrías y eso. Miramos el fuego. Le cuento a mamá lo del bocadillo, a poco más y se le cae la olla que trae. Coge aire varias veces. "Tirar la comida de esa manera", dice, "y dejarte a ti sin comer". Mamá piensa que ahora a los niños se les deja hacer lo que quieren.

Ya no me acordaba, pensé que era martes, pero es miércoles. Así que hoy no toca comida marrón, sino comida verde. Mamá ha rehogado todo lo verde de la despensa, dice que así las vitaminas entran con más fuerza en el organismo, porque van todas juntas, en un ejército. Como muy deprisa los trozos de brócoli, pimiento y manzana. Decido pasar por el mal trago rápido. Después de la cena, viene la hora de jugar y, por la noche, me espera lo más emocionante de todo.

Recogemos la mesa a un lado como siempre y sacamos los butacones, estamos mirando el fuego cuando mamá de repente me guiña un ojo y saca uno de los bolígrafos del lapicero de la mesilla. Empieza a dar unos cuantos clicks, sacando y metiendo la punta del bolígrafo. Yo sé lo que eso significa. Cojo mi bolígrafo preferido, uno ovalado, gordo, de propaganda de un banco. Tiene el botón más mullido, mamá no se sabe ese truco.

Fue una carrera de clicks, de las mejores que hemos tenido, mamá hizo doscientos dieciséis en un minuto y medio, yo casi doscientos treinta. El dedo me da calambres, me siento triunfante. Escuchamos unos vinilos antiguos de los que le gustan a mamá, a mí también, aunque no los entiendo; es gente que canta y habla a la vez, parece poesía, pero alguien toca música de fondo.

Mamá se pone en pie y me sube arriba, me manda al cuarto de baño a lavarme los dientes. La competición me había hecho olvidar mi plan. Sé a dónde va mamá ahora mientras yo estoy preparándome para dormir, no tarda más que unos minutos, pero lo hace todas las noches. Escucho el ruido sutil de la cerradura al final del pasillo. Con la pasta de dientes en la boca me acerco con sigilo a la habitación de la puerta negra. Mamá no me debe ver o me reñirá.

La puerta negra está abierta, esta da a una habitación, en la habitación solo hay un armario y en el armario una caja. Pero nadie puede entrar en esa habitación abrir ese armario y mirar en la caja, nadie que no tenga las tres llaves. Yo puedo ver de lejos, como mamá coge esa cajita metálica y la abre casi como si le fuera a dar un ataque al corazón, la veo suspirar y reírse, conteniendo una gran emoción. La cierra casi de inmediato para

meterla de nuevo en el armario.

Me vuelvo al baño corriendo con sigilo. Alguna vez mamá me ha cogido curioseando y me ha dado una buena lección. Yo le pregunte que veía ahí dentro, me dijo que no me importaba, que no necesitaba saberlo, que aún no estaba preparado para ver lo que había dentro.

Pero hoy era una de esas noches del mes en las que mamá baja al sótano a escuchar la radio. No le gusta que yo la escuche, dice que los niños somos muy influenciables. Lo tengo decidido, esta noche es el momento perfecto, esta noche, sabré lo que hay en la caja.

En la cama hago como que duermo, mamá ya me ha dado el beso buenas noches. Espero unos minutos que acaban siendo casi una hora, pues me quedo dormido sin darme cuenta. Una vez de pie, me acerco al pasillo, no oigo nada, mamá debe estar ya en el sótano, quizás aún no es muy tarde. Al salir al pasillo un lejano sonido de voces me indica que la radio está encendida.

Me tumbo en el suelo y hago la carrera del gusano, tieso, sin doblar nada, usando la barbilla y los dedos de los pies, consigo que el suelo no cruja, siempre funciona. Mamá cree que no sé dónde están sus llaves, pero está equivocada. Me llevó mucho tiempo descubrirlo. Voy a su habitación, me subo al cabecero de roble de su cama y, con una percha de plástico de las que mamá guarda bajo su almohada, las hago caer de la tulipa de la lámpara de techo.

Tengo poco tiempo. Esta vez uso el paseo del ciempiés, que es mucho más rápido. Me dirijo a la puerta negra y uso la llave más grande, se oye un crujido, rezo porque no lo haya oído. Entro con tanta prisa que casi me caigo, voy de puntillas para que las tablas del suelo no me traicionen. Abro el armario y de los nervios se me cae el llavero dos veces.

Y ahí está. Trago saliva. Es fría al tacto, parece abollada. Está toda marrón del óxido. Es entonces cuando la pongo en el suelo, me agacho y uso la llave más pequeña. El temblor recorre mis manos mientras la tapa chirría. Me paso la lengua por los labios.

Aquí esta... el gran misterio, la caja secreta, la caja de hierro. Vacía.

Nada. le di la vuelta, nada. Rasque el fondo, nada. Mire la tapa por dentro, nada.

Creo que ya no oigo el zumbido de voces, la decepción da paso a la prisa, cierro la caja y el armario con llave. Cuando estoy cerrando la puerta negra creo oír pasos en el piso de abajo. Paro en la habitación de mamá y, por suerte, de un solo lanzamiento, encesto las llaves en la lámpara. Llego a mi cama a tiempo. Unos minutos después, mamá cierra la puerta de mi

habitación.

Me quedo casi dormido y mientras lo hago, sigo pensando. ¿Nada?... ¡Nada! Entre sueños, recuerdo las palabras de mi madre: "No estás preparado para ver lo que hay en la caja". Pero yo no la creo, me miente. No he mirado bien, seguro, lo volveré a intentar. Otra vez más.

Quizás la siguiente vez que lo intente la caja no este vacía. Como lo había estado siempre, todas las otras veces en que la abrí.

Capítulo 2

CON LOS PIES POR DELANTE

Mr. Humes, sonreía con mirada distante recostado en la camilla. Al observarle, me daba la sensación de que estaba escrutando el techo como si algo le interesara. Sus grandes carrillos lucían rosados. Estaba orgulloso de mi mismo. Lo cubría una aséptica manta, que apenas podía esconder su orondez.

Seis horas retocando aquí y allá y una sesión con la máquina inyectora, hicieron milagros. Había usado líquidos conservantes con un ocho por ciento de formol, 8000 mililitros para ser exacto, la cantidad adecuada para un cuerpo como aquel. La inyectora regulaba presión y vacío, mientras drenaba la sangre desde la carótida, esto provocaba la flexibilización del tejido y proporcionaba al cuerpo un color sin duda muy saludable. Mr Humes parecía no haber despertado de la siesta.

El gran Mr Humes, por lo que había oído su grandeza tan solo era solo aplicable a su masa corporal y a sus cuentas corrientes, no a su moralidad.

Al parecer iba a ser enterrado en un gran panteón y tener un funeral con honores. Me habían dicho que querían que estuviera deslumbrante. Su mejor smoking ya se encontraba en el armario, su viuda lo había traído. Creo que ella se tomó su tiempo para elegirlo, creo que lo hizo casi con deleite. Al parecer, para ella también era un gran día. Esposa liberada y principal usufructuaria de sus bienes. Un gran acontecimiento.

Creo que no había nadie en la ciudad que no conociese a Mr. Humes, tampoco había nadie que le amase, y no estaría siendo exagerado. Sin embargo, yo si le amé, como amo a todos los que engalano para su último viaje. Cuando se encuentran aquí, reposando a mi cargo, parecen estar hablándome con su mirada inerte. ¿Sabíais que observando las arrugas faciales se puede hacer un análisis psicológico post mortem?, estas pueden indicar si un individuo había sido feliz o si, por lo contrario, esbozó una amarga mueca durante toda su vida. Aquellos restos eran más auténticos de lo que lo fueron en vida. Los vivos mentían se ponían sus máscaras y asistían al baile del carpe diem divertidos y engañados. Pero ellos no.

Lo hice lo mejor que pude, pero sabía que por muy bello que lo dejase, nadie iba a llorar por él. Nadie excepto yo.

Até una cinta de seda roja a su antebrazo, mañana al vestirlo no se vería con las mangas del traje. Era mi marca, una forma de decirles que, aunque ya no estuviesen aquí, hubo alguien que derramó una lágrima por ellos, fueran como fuesen. Yo sabía que lo hacía más por mí mismo que por ellos.

Unos golpes en el piso de arriba y unas voces interrumpieron mi ritual, eran los niños. Ya eran las siete, ¡qué rápido había pasado el tiempo!, no sabía que me iban a venir a recoger al trabajo. Teníamos una cena en familia, que ganas tenía de ver a mis sobrinos. Si tardaba mucho y los hacía esperar, querrían bajar y ver cadáveres y toquetear cosas, los niños son así.

Recogí todo en cuestión de minutos y me aseé. Eché un último vistazo, al rostro inflado de Mr. Humes, a esos ojos juntos y esa nariz aguileña, a esa cara de miserable. Y le di un beso en la frente. Le tapé con la sabana y lo aupé de la camilla a la bandeja de la cámara de conservación. Solo sus pies sobresalían debajo de su cobertura.

Puede que no todos los que habían entrado en aquella sala hubieran tenido una gran vida ni un gran funeral. Pero había una cosa en la que, para mí, todos eran iguales. A todos los veía salir de ella con los pies por delante.

Yo también lo hice corriendo escaleras arriba, en pos de mis sobrinos, saltándolas de tres en tres. Llevaba en la mano obsequios para ellos. Cintas rojas, una para cada uno.

Capítulo 3

EL SEÑOR HOPPLIN

Nadie supo cuando había llegado el señor Hopplin, pero allí estaba como siempre, reclinado en su butacón, mirando con calma a su alrededor con esos ojos pequeños y arrugados. De vez en cuando, se inclinaba sobre la mesa de canapés y se comía alguno. Altanero, con su corbatín al cuello, recibía, sin cesar, las atenciones del resto de los invitados.

La recepción de Miss Eagleton, sin duda, reunía a la flor y nata de la capital. La señora Eagleton se sintió satisfecha por la presencia de tan ilustres personalidades, pero, sobre todo, satisfecha por la presencia del Señor Hopplin.

Hacía ya unos años que aquel importante personaje había comenzado a asistir a las reuniones selectas que se llevaban a cabo en la capital. Al principio, nadie sabía de quién se trataba, incluso muchos se mostraban algo alarmados por su presencia. Pero él aparecía siempre con un ostentoso regalo para el anfitrión y una tarjeta firmada a su nombre que solían reposar a su vera allí donde estuviera sentado. "¿He de entender que este presente es para mí? No deberíais haberos molestado", decían sus destinatarios, deshaciéndose en halagos. El señor Hopplin se granjeó, así, sino el aprecio, al menos, el interés de las altas esferas. En principio, parecía tener sirvientes propios que le atendían en todo momento y pululaban a su alrededor.

Abandonó esa costumbre, gracias a dios, ya que había comprendido que, con ello, denigraba la atención de su anfitrión.

Algunos decían que era un acaudalado viudo dueño de yacimientos minerales en el extranjero, otros que era el propietario de unas patentes revolucionarias, o incluso accionista de grandes empresas multimillonarias aún sin confirmar. Nadie sabía cuál de todas estas suposiciones habían sido o no corroboradas por el Señor Hopplin. Él era reservado, misterioso. En aquel mismo momento con su gesto impasible, respondía con cabeceos y murmullos reposados a los comensales que se reunían en torno suya, no afirmando ni desmintiendo nada cuando estos, con subterfugios, trataban de sonsacarle.

A la señora Eagleton le parecía un gran personaje, siempre tan intrigante, y se aseguró de que no le faltara de nada y, en varias ocasiones, como buena anfitriona, le preguntó si todo estaba a su gusto, a lo que el honorable invitado le respondía siempre con una cortés inclinación de cabeza. La señora Eagleton, de familia allegada a la Baronía, organizaba

aquel evento con motivo de la presentación en sociedad de su hijastro. Tras unos cuantos días de preparaciones, la señora Eagleton los había recibido en su palacete de la montaña, donde sirvió una exótica cena en las terrazas ajardinadas que allí poseía.

Dado que la cena había ido tan bien y la celebración estaba en su punto álgido, la señora Eagleton en ese mismo instante mandó llamar a su vástago. Todos se giraron hacia las puertas que daban al jardín. El muchacho salió firme, aunque sonrojado, iba hecho un pincel. La señora Eagleton, le presentó como su hijastro Jeremy Eagleton, y todos aplaudieron.

Con una mano sobre su hombro dirigía al muchacho de corrillo en corrillo y este se presentaba ante todos los asistentes, respondía a sus preguntas y se animaba a hacer algún comentario. "Delicioso, realmente delicioso este muchacho", afirmó más de una dama presente, comentario, ante el cual, la señora Eagleton esbozaba la mejor de sus sonrisas. El muchacho recibió el apretón del General Highbert, las palmaditas de Lord Fallady, besó los anillos del orondo Cardenal Palova y recibió las atenciones de las jóvenes hermanas O'Hearty, hasta que llegó al final de su recorrido en la balconada, a donde su madrastra le condujo, ansiosa. Era hora de que se presentase ante el señor Hopplin.

Nada más lo vio el muchacho abrió mucho los ojos y pareció acercarse como a regañadientes.

—Señor Hopplin —dijo la señora Eagleton—, deseo presentarle a mi hijastro Jeremy, ¿qué te pasa hijo?, saluda al señor Hopplin

—Pero... —El muchacho dudaba, dio un paso adelante y reculó de nuevo, miró indeciso, ora al señor Hopplin, ora a su madrastra.

—¿A qué esperas? —le dijo ella. Los invitados, que habían estado pendientes en cierta forma de ese momento, se acercaron curiosos, con menos reservas, extrañados por la reacción del muchacho.

—Pero madre, como voy a presentarme, si no me va a entender. —La señora Eagleton le miró interrogante, tras ella los invitados también parecían confusos, un tímido semicírculo se iba agolpando alrededor de la balconada.

—¿A qué te refieres? —dijo ella nerviosa ante tanta expectación, se suponía que todo debía salir perfecto.

—A que no es humano. —A su madrastra casi le da un colapso, un comentario así era suficiente para echar por tierra la presentación del

chico en sociedad.

Entre los invitados se oyeron murmullos y suspiros contenidos, alguna de las damas se llevó la mano a la boca.

—¿Qué dices muchacho?, ¡no digas barbaridades!, discúlpele Señor Hopplin, no ha visto mucho mundo, es joven... —El señor Hopplin murmuró algo y se inclinó como con condescendencia.

—¡Pero madre!, si es, ¿Cómo se dice...? ¡Lo he leído en alguna parte!

—¡Basta ya, Jeremy!

—¡Una marsopa!, ¡eso es, madre! —gritó—, lo que está ahí sentado no es más que una marsopa con corbatín, seguro que es una broma vuestra madre, ¿era para ver si me daba cuenta?

El tirón de orejas fue de órdago, la mujer estaba totalmente azorada, la indignación se extendió entre el público, aunque también hubo quién retuvo risotadas. Qué vergüenza para la casa Eagleton.

—Pero madre, mire, ¡es una marsopa!, tiene cola y atrapa con la boca los entremeses.

—¡Dios mío, mil perdones!, ¡mil perdones, señor Hopplin!, ¡discúlpele por tales ofensas! ¡Estoy avergonzada!

La señora Egleton tironeó a su hijastro del brazo y se abrió paso entre el público alzando la voz con dignidad, pero sin gritar, una dama no grita.

—¿Acaso no te hemos enseñado modales, niño descarriado?, ¿educación? Has de aprender y, dios bien sabe que lo aprenderás... —Y procuró que los presentes se enteraran—. Que esta familia no tolera tales deshonores hacía miembros tan insignes de nuestra comunidad.

—Pero, madre...

—No hay peros que valgan, entrarás en la casa y me esperarás arriba —le empujó a través de la puerta—, ya hablaremos después.

La mujer cerró las puertas y volvió al jardín a arreglar el estropicio. El muchacho taciturno subió las escaleras, sin comprender realmente que había pasado. Por supuesto, eso daría que hablar sobre los Eagleton una buena temporada y todos los presentes ya habían tomado la decisión de que Jeremy Eagleton no debería ser invitado a actos de tal envergadura, no todavía.

Consciente del destierro social de su hijo y de la ruina de la velada. La señora Eagleton, acudió de nuevo ante el impertérrito señor Hopplin y le repitió sus disculpas sin cesar.

El señor Hopplin meneó la cabeza hacia los lados y dio un pequeño grito, palmeó dos veces y se bajó de su silla, arrastrando su obesidad por el suelo. Se apoyó en la bandeja de los canapés, meneó sus bigotes y empezó a lamerla con avidez. La señora Eagleton, interpretó aquello como una aceptación de sus disculpas y se dirigió presta a intentar recuperar el poco reconocimiento social que aún le quedaba.

Capítulo 4

LA VENTANA VACÍA

La ventana de Julián se veía vacía. Julián se fue a comprar a Manzanilla. La puso en un tiesto colorado en la repisa.

Manzanilla germinó. Creció menudita, aguantó el sol y el viento. Manzanilla, murió joven, Manzanilla se pudrió. Un Hervidero de mosquitos. Sus despojos comenzaron a oler mal.

Manzanilla se había marchitado porque Julián no le daba de comer, no le daba de beber. Manzanilla había dejado de ser hermosa muy rápido, sus flores blancas se tornaron grises y Julián se había olvidado de ella. El olor molestó a Julián, así se dio cuenta de que Manzanilla había muerto.

"Igual que le paso a mi abuela, cuando la encontraron en su piso", rio Julián. La miró un momento y la tiró a la basura.

La ventana de Julián se veía vacía. Julián se fue a comprar a Gladiolo.

Capítulo 5

EL SEÑOR DEL PÁRAMO

En las retinas del pájaro negro se reflejaba, oblonga, la luna. La noche le escoltaba y parecía rendirle pleitesía. El cuervo alzó el vuelo dejando la alambrada atrás, sobrevolando el páramo. Vio solo polvo y esquejes, vio cadáveres salpicando la llanura. La propia luna parecía denunciar el espectáculo alumbrándolos de forma tenue.

Comió aquí y allá los retazos grises de muerte. Probó mejillas, brazos y piernas, se hizo el señor de ese desierto de ceniza.

Con su hambre satisfecha y la mirada en la lejanía, el cuervo voló de nuevo, solo para después caer. La causa fue impacto en su cabeza. Creyó oír unos pasos, una voz ronca y entusiasmada, febril. Era un muchacho:

—Parece que, por fin, comeremos hoy —le dijo a alguien más, y se lo llevó de las patas.

El cuervo se hizo uno con el páramo. Nadie es señor mucho tiempo en el reino de la muerte.

Capítulo 6

LIBRE

"¡Libre!, ¡libre!". Eso fue lo primero que pensé. El grito que resonó en mi cabeza era tan fuerte, que me temblaron los globos oculares. "¡Libre!".

Entré en todos los establecimientos. En uno de ellos, cogí el brazo de poliuretano de un maniquí y no deje nada que pudiera ser reconocible. Comí cuanto quise y lo que quise y, al final de la tarde, llevaba puesto sobre mi cuerpo la combinación textil más censurable que pude encontrar. Finales de primavera, una temperatura agradable para pasear incluso para correr. Eso hice. Grité, bailé, pataleé sobre bancos y monumentos, salté de montículo humano en montículo humano, jugué a la pelota con los restos de un amasijo de carne. Los ruidos que hacía era gracioso, era como patear una bolsa de salchichas. "Frankfutbol".

A media tarde, encontré un deportivo descapotable, como los de las "pelis". Se había empotrado contra una pared y se había llenado de polvo sin embargo como por milagro, parecía en perfectas condiciones, como recién salido del concesionario. Intenté encenderlo, encontré las llaves en el bolsillo del conductor, aparté su cuerpo a un lado y me puse las gafas de sol de la guantera, encendí la radio y me imaginé conduciendo por la interestatal. "Brrm brrrm" imité, " It's Something in the air...", rezaba la radio, David Bowie se hacía eco en la vía principal.

Siempre pensé que llegados a este punto una ciudad se quedaría sin electricidad, no fue así. Al día siguiente no me despegué de una pantalla de treinta pulgadas y quemé las últimas consolas del mercado en la sección de electrónica. Salí un rato a airearme, encontré una bicicleta con la que llegué hasta el distrito norte. Aquellas calles olían fatal, pero había cosas más interesantes, dormí y pasé el siguiente día allí. Conseguí unas revistas guarras de esas que no le gustaban a mamá, papá me habría dado con el cinturón.

Por lo menos aquel verano no iría a esas reuniones en el campo a plantar cultivos con esos hábitos ridículos. Sino era de rodillas recogiendo habas nos pasábamos el tiempo de rodillas rezando. Pero ahora eso se había acabado.

Debo admitir que lo de patear estómagos era más divertido cuando la persona se movía, si sentía mi pie en sus vísceras, si emitía algún chillido que me indicara que hacía bien el trabajo. Algún borracho en un rincón, un borracho con vida, es lo que me vendría bien ahora. Los dos días siguientes me cansé de bañarme en la playa fluvial y de dormitar en el

parque, intentando encontrar alguna ardilla que pudiera mantenerse en pie, piedra en mano.

Ya no quería gritar, ni correr. De repente, quise incluso poder volver a casa y encontrar a mis padres allí, o quizás me bastase con gente. Aquello era aburrido, los cadáveres no ofrecen mucha distracción, no por mucho tiempo.

Si las cosas habían cambiado de un día para otro, ¿por qué no podrían volver a retornar a su estado inicial?, una sirena que sonase de nuevo, otra nube blanca, y ¡zas! vuelta a la normalidad.

Pensé que estaba loco, eso es lo que siempre había querido, ¿no era así? Seguro que quedaban una infinidad de cosas interesantes que hacer. Después de todo, la gente siempre molesta, siempre te trata como si sobraras. La gente tarda en darse cuenta quien es importante y quien no, había que mostrárselo y aquello, al final, acababa cansando. No sé cómo su propia ignorancia no los devoraba por dentro. Un mundo sin escoria es un mundo limpio.

"Pero, ¿qué pasa?", me interrogó una voz interior en la sección de congelados del hipermercado "¿Qué pasa si alguien se te ha adelantado?, ¿qué pasa si tú has nacido para limpiar la escoria y, ya ves, ahora han contratado a un nuevo barrendero?". Di mordiscos distraídos a los helados, cada uno de un sabor, de dulce a acido, la misma transición se reflejaba en mis pensamientos. "Tú ibas a ser importante a base de mantener a la escoria del mundo a raya, ¿pero ahora, chico?, ¿qué te depara el futuro, qué sentido tiene tu vida?".

El día me cogió desprevenido murmurando maldiciones en el asiento trasero de un "Camaró". Me mareé y casi vomito debido a la incorporación repentina. Algo me había despertado, no pude creerlo. Trastabillando y cubriéndome con una mano la cara para protegerme del sol tirano, corrí avenida abajo.

"No puede ser", me dije, pero lo escuché de nuevo, un ladrido. "¡Un perro, un jodido perro!". Volví a escucharlo, pude calcular su posición, fue al doblar la esquina del restaurante chino cuando pude oír algo más, una voz, una voz suave y aguda.

Era una niña despelujada acompañada por su perro, parecía estar buscando algo en un puesto volcado de perritos. Acariciaba al cachorro y lo consolaba. "Perdone señor tengo hambre, perdone que no se lo pague", le decía al cadáver con delantal retorcido en la acera.

La niña se asustó, fue mi culpa, no pude evitar la risa histérica. "¡Por fin!", me dije. Me acerqué a sonriendo de oreja a oreja, despacio, atravesando los cuarenta metros que nos separaban. La niña me regaló un tímido

"hola", el perro ladró y dio vueltas alrededor de ella.

Se acercó despacio, sollozando, estaba realmente aliviada. Yo me encontraba exultante. A los veinte metros el perro decidió adelantarse a su ama y, trotando, vino a olisquearme, a los quince metros yo ya me había hecho con un hierro que había en un contenedor industrial.

El perro gañó ante el primer golpe y huyo deprisa. Sangraba. No quise correr, hacía demasiado calor y quería saborear el momento. La niña paró su lento avance y me miró con ojos dilatados. Tardó quince segundos en reaccionar, luego echó a correr detrás del animal. Yo no, después de todo, tenía todo el tiempo del mundo y un solo objetivo. Esta vez el grito no se quedó en mi cabeza.

—¡Libre! —grité.

Capítulo 7

BLUNT Y BLUFF

En la Extensa Cizaña,
nación de los discrepantes,
se alza la ciudad de La Criba,
capital de lo huraño.
La habitan los Cribados,
de naturaleza irritada
y discurso incendiario.

Es tras sus murallas,
en un extenso páramo,
donde se encuentran dos exiliados,
por insufribles, allí relegados.
Blunt y Bluff, se llamaban
y su disputa era tan eterna
que ni siquiera en la ciudad soportaban
a los dos hermanos y su interminable arenga
de diretes del pasado.

De un campo de esporas grises

era dueño el más alto,

de las que se meten en tu nariz

y no te dejan seguir respirando.

Tierras con verdes lagos,

poseía en cambio,

el más pequeño de los hermanos.

Los dos territorios se veían separados

por un acantilado profundo,

en el que se divisaban jardines subterráneos,

copas de cipreses asomaban fragosos,

un desfiladero, sin duda, extraño,

testigo de las riñas de los desterrados.

Sin hacer caso de sus tierras,

ni de sus más íntimas necesidades,

allí sobre una peña,

se encontraban ambos litigantes.

Asentados justo en la frontera

con opiniones dispares,

tras una bofetada y otra y otra,

se reprochan crueles verdades.

Vivía, asimismo, en la ciudad,
un muchacho amable,
de familia compasiva,
extraña gente para vivir en La Criba.
Iba al bosque, al valle,
a recoger frutos para su madre,
y llevaba siempre un zurrón
con humildes manjares.

Años ha, el muchacho y su padre,
cazando animales,
descubrieron dos vagabundos desnutridos,
que, sin fuerza ni fuelle,
intentaban abofetearse.
Nunca daban gracias,
como mucho algún gruñido,
pero desde entonces recibieron atención
de la familia de aquel niño,
quizás demasiado amables
para su propio beneficio.

Este niño, digo,
dejó el zurrón en el peñascal

como cada mañana,

y, sin dejar de gritar,

ambos contrincantes,

abrieron bien la boca

tanto para comer

como para escupir maldades.

Al muchacho recadero siempre le apenó,

no solo vivir en aquella ciudad de mal agüero

donde todos estaban siempre de mal humor,

sino encontrarse con tal excentricidad cada día,

ese extremo del rencor que daña en lo más hondo,

dejando una herida que no supura, pero causa dolor.

Sus lenguas laceraban el aire en sus enfrentamientos:

Que, si antes fue el huevo,

que si la gallina primero,

que si imbécil retardado,

que si bastardo enfermo.

Que si yo te hice eso,

que si tú me hiciste aquello,

que si yo digo que tú me dices,

que si dices aquello que dije,

aunque ni siquiera me acuerdo.

El muchacho creía que era hora de cortar por lo sano,

e hizo lo que antes nadie hizo jamás,

interrumpir el encuentro.

Aun a riesgo de ser dañado,

aun a riesgo de no salir entero,

se interpuso entre los bofetones

y clamó al cielo:

Años y años se os ha aguantado en vuestro sin sentido,

ni siquiera sabéis ya cual fue el motivo,

aun así, os mantenéis juntos,

seguís con los mismo.

¿Es acaso una excusa para permanecer unidos?

Un par de idiotas tales jamás vi delante mía,

que para expresarse afecto

no han recurrido a mayor tontería

que comportarse como enajenados.

Y si en vuestra estupidez

no habéis comprobado todavía,

que, al guardar un orgullo enfermizo,

no podéis vivir la vida,

es que bien os mereceríais

caeros de esta peña y partiros ambos la crisma.

Después de un minuto en silencio,

los gruñones por excelencia

abrieron la boca un par de veces,

sin palabras, atontados,

con un estupor que no duró demasiado.

Que qué me has dicho,

Que qué le has dicho a mi hermano.

Que, si a él solo yo le insulto,

Que qué te has creído enano.

De ambas direcciones,

dos cachetes se encontraron

con la cara del buen niño,

que empezó a sangrar por los labios.

Detrás de él corrieron

por el campo esporado,

delante de ellos siguió el chaval huyendo

a través del lodo de los grandes lagos,

dejando agua y esporas,

en su camino, mezclados.

Nadie supo nunca que, con el agua,
las esporas se sembraron
y afloraron jardines tan o más bellos
que los que había en el acantilado,
pues estos habían surgido
de cada vez que los hermanos se habían abofeteado,
algo de agua que se había filtrado,
alguna espora pegada a las manos
que cayó desde la peña al cañón
y fertilizó.

Viendo que sus terrenos estaban hechos
para formar uno solo
y disfrutando de un objetivo común,
que era gritar al infante,
Blunt y Bluff se llevaron bien
de ahí en adelante.

El muchacho llego de una pieza a su casa,
pero podía escuchar cómo le gritaban
todos los días a través de la muralla

desde la vasta estepa ahora floreada.

Que si sal si te atreves,
que si a ver si lo repites.
Que quién te crees que eres,
que qué te habías pensado.
Su padre, ante aquello,
le prohibió salir a por bayas
y llevarles más comida,
tanto el niño como la familia aprendieron
un par de lecciones aquel día.

La primera, solo un imbécil se entromete
entre disputas fraternales.
La segunda, no hay que compadecerse
de los que a voluntad arruinan su vida,
el precio es a veces demasiado alto,
no es maldad, ni egoísmo solapado,
es fácil distinguir a aquel infeliz
que lo es porque se lo ha buscado.

Capítulo 8

BLANCO

Blanco me recibía siempre a la vuelta de la esquina. El plástico tenía un brillo opaco, que lo hacía aún más atractivo a los ojos de un niño.

Siempre que pasaba por delante del ultramarinos de la Señora Leonora acariciaba su morro puntiagudo, algunas veces, de camino al colegio, corría unos metros por delante de mi madre para que me diese tiempo a montarme unos segundos sobre su grupa. Mi madre nunca metía monedas, mi abuela, como toda buena abuela, lo hacía siempre que yo se lo pedía y, entonces, Blanco trotaba y una música distorsionada del oeste sonaba, y yo, agarrado muy fuerte por miedo a escurrirme, lanzaba grititos y reía hasta que me dolía la mandíbula.

A veces, mi madre entraba en el ultramarinos a comprar algo y yo aprovechaba para charlar con él. "¿Qué tal blanco?, ¿no te aburres aquí solo todo el día? ¡Qué guapo mi blanco!, tendrías que bajar de ese cajón e ir a ver mundo. ¿Sabes?, hoy Hugo me ha robado el estuche y me lo ha escondido, ¿y ahora como hago los ejercicios?, pero no se lo digas a mamá, hablaría con la madre de Hugo y ella le reñiría y, entonces, Hugo me pondrá la zancadilla en clase, o me tirara las gafas al suelo".

"¡Que fresquito estas, con el calor que hace!, ¡claro, como estas a la sombra…!", y yo arrimaba mi cara a su cuello. "¡Que guapo, mi blanco! Ya sale mamá, no te aburras mucho Blanco. Seguro que hoy viene alguien y te monta. La hija de la señora Tomasa, ya verás. Siempre pasa por aquí".

Blanco era para mí como la mascota del barrio, su guardián de plástico de ojos azules, esos ojos grandes y sinceros. Yo creo que también le gustaba, porque, a veces, metíamos las cincuenta pesetas y me daba la sensación de que el viaje duraba más de lo debido. Seguro que solo lo hacía conmigo.

Un día me quede fuera de casa. Mi madre dijo que ya era mayor para tener mis propias llaves. Parece ser que no estaba en lo cierto, pues me encontró sollozando en la puerta de los ultramarinos ya cerrado, en pleno enero, tiritando de frío y abrazado al animal. Creo que esa imagen tan descorazonadora me libró de una buena regañina.

Unas cuantas semanas después de aquel día algo genial ocurrió, la señora Leonora, que regentaba el ultramarinos, me dijo que podía montarme en

Blanco cuantas veces quisiera, que solo tenía que pedírselo.

Así que durante una semana cabalgué sobre blanco por llanuras imaginarias, al trote, con mi cabeza apoyada en sus crines y escuchando sus galopes y relinchos. Eran mis quince minutos de felicidad, ya que la señora Leonora, me dejaba montar un buen rato. Pero al acabar la semana, regresó el lunes inclemente, el día en el que me lleve el mayor de los disgustos.

Ocurrió cuando me dirigía a clase. Hacía dos semanas que mi madre había decidido, con mucho pesar, que iba siendo hora de que fuese al colegio por mi propio pie. Parecía que el incidente de las llaves no la había amilanado en absoluto. Yo corrí hasta la esquina, para darle los buenos dios al Blanco y saludar a la señora Leonora, que tan amable había sido conmigo.

Me quede helado, no me lo podía creer. Y, aunque mi cabeza había comprendido ya lo que sucedía, no deje de correr hasta que llegue a la entrada de los ultramarinos. Allí no había nada, solo un rectángulo mucho más claro que el resto del pavimento, justo donde hacía tres días había estado Blanco. La señora Leonora que me había visto venir, estaba asomada a la puerta. Yo la miré sin gesticular, con los carrillos hinchados y cogiendo aire. Ella con ternura, me puso una mano en la cabeza.

—Lo siento, cielo. Tuvimos que sacarlo, era muy antiguo. El otro día la niña de la Tomasa casi se pilla los dedos en las junturas, además estaba muy oxidado. La señora Tomasa no paró hasta que le prometimos desmontarlo, pero quise tenerlo unos días más para que te pudieras despedir de él. —Mi corazón de niño era capaz de reconocer las buenas intenciones de la señora Leonora, pero eso no evitó que en aquel momento me sintiera traicionado. "Mi blanco, mi pobre blanco, ¿a dónde le llevarían?".

La señora Leonora respondió a mi mudo interrogante, sonriendo con tristeza.

—No te preocupes, ¿sabes dónde está ahora? En una granja, una granja para animales de feria, donde está funcionando todo el día y donde le cuidarán muy bien.

Me alejé de allí murmurando para mí, asintiendo a solas. En una granja, ¡pobre Blanco!, pero al menos allí conocería a otros como él, una manda de Blancos. Aquel día fue algo cenizo, llegue tarde al colegio y la maestra me castigó.

Pasaron unos días y no podía evitar el pellizco que me asaltaba al pasar por el ultramarinos, así que cambié de ruta. No me costó mucho olvidarme del desagradable suceso, olvidarme de Blanco, que relinchaba

feliz en una granja de feriantes. Y cuando me di cuenta, me dejo de importar del todo. Para ir al instituto tomaba el bus dos calles más abajo, y esa fue mi ruta hasta que me fui a estudiar a la capital.

Como muchas otras cosas, Blanco se había perdido en la memoria, un símbolo de mi infancia trotando ladera abajo en mi subconsciente.

Y aquí estoy ahora, tras todos estos años, las lentillas han ganado la guerra contra las binoculares, el bello se apoderado de mi cara y mi sonrisa se ha vuelto más tensa. Aquí estoy en pleno mes de diciembre cargado de bolsas de rebajas, enfrente de esta tienda de hardware, mirando un pedazo de acera vacía.

"Que guapo, mi blanco", susurro y, mientras giro la esquina, cierro el cuello de anorak como intentando ahogar el pellizco en mi pecho.

Capítulo 9

APNEA

Apnea, eso hago todos los días. Parece que puedo vivir así de forma permanente, parece que todo el mundo puede. Ves a las personas con los labios apretados y la respiración contenida. Todos practicamos la apnea, si abriéramos la boca solo tragaríamos un espeso y grumoso citoplasma.

Es curioso cómo se ve todo cuando no puedes respirar. Los adoquines y el asfalto parecen tener tonalidades moradas como si la sangre que llegara a tus orbitas le diera calidez al universo gris azulado que te rodea, el sol nunca brilla los suficiente, ni atraviesa la superficie de nuestra banalidad. En el metro, creo que el otro día he visto a alguno desistir, abrir la boca y dejarse llevar. Por eso me suelo calar mi raído sombrero a la altura de los ojos, es muy duro verlo. En busca de lugares más acogedores, a veces, tengo suerte y encuentro alguna estación donde no hay cancerbero de ojos disgustados. Es increíble como sus miradas pueden expresar otro sentimiento que no sea la resignación de los últimos minutos. Algunas mañanas las personas están tan ocupadas en no dejar escapar su oxígeno, que no miran a su alrededor mientras se abren paso en el ambiente plasmático. Me ignoran, cada vez más, a medida que mi aspecto cambia, hace tanto que no veo un espejo... Mi barba indómita es mi último recurso, cuando creo que no podré aguantar más, que lo dejare salir todo y se lo llevara la pastosa marea, me tiro de uno de los pelos del bigote y el dolor aleja la sensación de abandono.

Camino y camino, si tengo suerte me alimento, es curioso poder masticar y que, aun así, tus labios sigan herméticos. Es cuestión de acostumbrarse. Veo a otros que comparten mi rutina en algún portal, o en rincones tomando un descanso, tampoco ellos respiran, "eso compartimos la gran mayoría, al menos eso nos une". Por la noche me hundo hacia las fosas abisales que se ciernen sobre mi cabeza, en busca del sueño. En esos momentos el aire es de plastilina, pero nunca de colores.

Pienso en todo lo que tenía, en quién estaba a mi lado. Mi barba no estaba ahí, mi cabeza no reposaba en cartones, me dedicaba a algo, ¿pero respiraba entonces? No, no recuerdo haberlo hecho nunca. Apnea, mi deporte favorito. No buceaba en las calas en días estivales, pero sí en responsabilidades y plomo fundido. Por eso huía a paso lento, a medio flote, con movimiento sumergido. Fue una lentitud vertiginosa.

Quería emerger, pero nadie lo había conseguido nunca, al menos que yo conociera, ¿cómo podían enseñarme? No entendía como nadie más lo necesitaba. Quizás en los cartones encuentre la respuesta, quizás si tengo

suerte, algún día me aferre a alguna tabla roída en su ascenso a la superficie. Mientras espero a que una corriente benigna nos impulse a todos, debería seguir aguantando la respiración, conservando lo poco que queda de mi voluntad. Si abro la boca, subirá en forma de burbujas en dirección a la superficie y me dejará atrás. Me quedaré vacío y la presión me aplastará. Mientras siga lleno, me arrastraré, conseguiré monedas náufragas y me mantendré con vida.

Ellos nadan aún esperanzados. Sus párpados muy abiertos a causa del esfuerzo. No solo deben concentrarse en seguir adelante, también en retener lo poco que queda de ellos mismos en su interior. Algunos, exhaustos, no lo consiguen. Yo puedo ver como el lecho espeso y acuoso los aplasta, los quiebra. Los observo desde una esquina o sentado en algún banco, solo. Siguen nadando y no se dan cuenta de que ya han muerto, no hasta más tarde.

Yo no nado, los que son como yo ya no nadan, caminan por el fondo con todo el peso que les es posible, quizás porque hemos aprendido a mantenernos en apnea mejor que nadie. Pero siempre nos llega el momento de coger aire, y yo no soy la excepción:

Los tintes violáceos de un claro de sol caen sobre la plaza. Me siento al pie de un monumento, mi visión empañada no puede ver de quien se trata, ¿habría emergido?, ¿es por eso que le han puesto un monumento? Me concentro en no respirar como siempre, y en observar como siempre.

La madre está ocupada, alguien la entretiene, y él está allí sentado. Si derramo lágrimas no las siento, quizás se disuelven con mi entorno, pero le veo. Él respira. Me saco el sombrero. El niño inhala plácidamente este metal líquido que nos rodea todos y expulsa bocanadas rosadas de oxígeno puro. Él transforma el aire y, por un momento, una nube disuelve la membrana de futilidad y otorga colores aquello que su aliento impregna. Ahora come con placer una tableta de chocolate. La calidez de las manos que la sostienen le proporciona colores tostados y, al envoltorio, un tono de rojo fuego.

Me mira y mi cuerpo flojea. Da otro mordisco, y dejando a su madre atrás, se acerca. Apenas me llega a la pantorrilla, pero parece imponente. Su andar no es el lento pasear de unos pies de coral anclados a la roca, no es el frenético nado obsesivo, sino que nada con ligereza porque la Banalidad se abre a su paso. Es el Moisés del aire. Llega hasta mí, me mira durante mil amaneceres, sonríe, y un pequeño trozo de chocolate es cortado por sus dedos y me lo entrega en mano. Yo sostengo ese pedazo de inocencia, mi rostro, asfixiado y hambriento, no parece molestar al niño, me contempla y no dejará da hacerlo hasta que despache su ofrenda. Pero siento que no puedo comerla del mismo modo que como todo lo demás, no puedo masticar con la boca cerrada, esta vez debo

abrirla, abrirla de verdad.

Todo lo que fui y lo que soy se sabe a punto de desaparecer por probar ese trozo de vida, por alimentarme del aire que exhala el Niño que Vive. Entra en mi garganta y en mis fosas nasales abiertas. Siento que me partiré en dos bajo su peso, creo que el resto de mi se alejará a la deriva, pero un aroma dulce se cuela a través de la acidez metálica de mi garganta y una fragancia de ingenuidad inunda mi nariz. INHALO. Pruebo la golosina y feliz sonrió, liberado, pleno. EXHALO.

Exhalo y, cuando lo hago, una nube de caramelo me rodea. Creo vida, creo luz. Yo sonrió y, entre mi barba descuidada, a través de mis dientes desgastados, el niño ve mi sonrisa, mi yo, mi esencia, y asiente complacido. Riendo va en pos de su madre. Esta le riñe por haberse alejado, el niño calla. En un descuido me mira y me guiña una mirada tierna y se deja llevar por la mano materna. Ahora respiro, y respiraré y seguiré respirando hasta que mi pecho explote.

Intentando aislarme, me dejaba morir. Respiré la inmundicia de este mundo, la banalidad, y la desesperación, el vacío y la depresión, la desgracia y la ansiedad. Probé su ceguera y la mía y me henchí de todo ello, pero cuando mi boca lo expulsó nada de eso quedó mi interior. Ahora me ahogo en el mundo y es mi corazón el que filtra su verdad y la transforma en la mía, de mi boca sale aire puro y hago que otros lo noten y que también respiren.

Quizás yo pueda ser a partir de ahora, el Hombre que vive. Quizás podamos enseñarnos unos a otros. Quizás, algún día, juntos, emerjamos.

Capítulo 10

EN AYUNAS

Bernal se bebe con prisa la leche fría, suele quedarle pastosa en la garganta, pero tomársela caliente le da dentera. En tres largos sorbos se la termina y continúa aseándose. Es puntilloso y tarda un rato, debe ir hecho un pincel.

Nico ha dormido toda la noche fuera, él sabe muy bien que no debe correrse semejantes juergas entre semana, pero la compañía era grata y las copas gratis. Su colega aún sigue roncando, se lleva un paquete de galletas de la despensa, ya se lo compensara. Después de todo, él siempre le gorrea dinero.

Al salir de su adosado, Bernal esboza una mueca de desagrado al mirar su parterre. El césped está descuidado. Hablará con el jardinero.

Nico se enfunda en varias capas de camisetas y sudaderas. Se revuelve más el pelo en un intento de que parezca descuidado adrede. En la calle hace frío, las galletas resultan estar rancias. Tira medio paquete a una papelera.

A Bernal, ya le han llamado dos veces al móvil de camino a la oficina. En tan solo unos minutos, aplazó dos citas y concretó una comida de negocios para ese día.

Nico manda un mensaje a un compañero para que le guarde un sitio en la sala de actos, esa mañana toca conferencia en la facultad y el tema sería motivo de examen. No llegará a tiempo. Tampoco se preocupa demasiado.

Bernal no ha desayunado nada sólido, y sabe que no tardara en tener hambre. En casos como este, suele comprarse un bocadillo en el ultramarinos de la esquina, estos sándwiches en recipiente de plástico, paradigma de la época moderna. Últimamente, se ve algo fofo así que, por una vez, decide pararse en una frutería.

Mirando el teléfono, Nico casi choca contra un transportista. Hay un camión de repostaje montado en la acera, dos hombres cargan cajas de naranjas al interior de una frutería. No es muy dado a la fruta, pero no le vendría mal algo fresco y dulce para sacarse el mal sabor de boca dejado por las galletas. Se lo comería de camino a la universidad.

Nada más entra en la frutería, Bernal ventea el aire buscando aromas. Frunce el ceño pasando de estante en estante, nada le convence, hasta que un fogonazo anaranjado atrae su atención. Los melocotones se ven aterciopelados, apetecibles. "Parece que no están mal", se dice Bernal.

Lo primero en lo que se fija Nico al entrar en la frutería es en los melocotones, lucen jugosos, se dispone a coger el más grande de todos. Las manos se encuentran sobre el melocotón al unísono, el contacto es casi eléctrico.

Nico y Bernal tremolan sonrisas tras observarse mutuamente, en la mirada de ambos se refleja ahora una firme decisión: ninguno de los dos se iría en ayunas.

Capítulo 11

ARCADIA

Me gusta abrir los brazos al viento y saludar a la aurora. Desde estos riscos puedo divisar el sereno avance del mastodonte luminoso, que, contenido durante la noche, vierte ahora su néctar sobre los prados. Su luz, poco a poco, se extiende por las laderas de la montaña como una alfombra de vida.

Siempre elijo este escenario, su visión compensa con creces los sacrificios que he realizado para estar aquí. Aquí en Arcadia.

Cuando empiezo a sentir el picor del sol en la cara, sonrío. Me dejo caer, mis rodillas y mis lágrimas llegan al mismo tiempo al suelo. Plenitud. Pongo mi mejilla contra la roca templada, intentando abrazar la inmensa pared escarpada que amuralla los campos. Es perfecta. Huele a salado a tierra y a eones. Me abrigo de verde, me hundo en él, doy vueltas en mi mullida fantasía. Todo parece tan real.

El cielo me hace un guiño azul. El viento suena y las nubes avanzan, a veces noto como una distorsión molesta, pero es algo ínfimo, no empaña mi ilusión. Esto es real, podría serlo. He disfrutado una noche entera y una mañana, a estas alturas puedo convencerme que todos los días anteriores, los demás días de mi vida, han sido una pantomima cruel.

El sol se pasea pretencioso sobre mi cabeza a medida que pasan las horas hasta que, finalmente, me da la espalda. El agua del arroyo ya no se amolda a mis pies sumergidos, los aguijonea, rechazándolos, reclamando el espacio que le está siendo usurpado. Todo el entorno entona un Hasta luego. Pretenden decirme que ya es la hora.

Me calzo y recojo todas las prendas esparcidas por el paraje. Lloro de nuevo, esta vez, lágrimas de desesperación. Meto la cabeza entre las rodillas, no quiero ser testigo del cambio que va acontecer a mi alrededor. Prefiero creer que he sido yo quién me he ido, que he sido yo quien he abandonado a Arcadia, es mejor que pensar que ella me ha traicionado o que se ha burlado de mí. O, quizás, lo doloroso es pensar que nunca ha estado ahí.

Las anomalías en el cielo se vuelven cíclicas, todo parece perder definición. Cierro los ojos con fuerza y hundo aún más mi cabeza entre las piernas. Oigo un chirrido, luego interferencias, entonces me golpea la

oscuridad. Esta no perdura, en seguida, un leve resplandor vuelve a sentirse a través de mis párpados.

La estancia en la que me encuentro ahora es titánica. Un reino de gris metálico. Sin motas de sol, sin briznas de hierba, sin la tibia danza de la brisa, salpicado de planchas de acero. Allí en la techumbre, lejos, están instaladas pequeñas lentes y aparatos electrónicos dispuestos de forma aleatoria. Todo había parecido tan real hace un momento... Se ha ido, me ha dejado.

Una oquedad rectangular se abre en el suelo, mostrando unas escaleras. Una voz resuena:

—Su turno ha acabado, señor. Espero que haya disfrutado de la experiencia. Por favor, diríjase a la salida más próxima.

Mi mente se concentra en la tracción de mis pies. Pensar en otra cosa, duele. Bajo las escaleras y atravieso más estancias de ceniza, para al final llegar a un largo pasillo. "Me ha abandonado", pienso otra vez. En una mesa blanca e impoluta una pantalla reza: Recepción y venta de entradas. La mujer rubia tras el mostrador se despide de mí:

—Vuelva a visitar, Virtual Travel co., señor.

Sé que no será posible. ¡Oh, Arcadia! Gasté todo lo que tenía en ir en tu busca una vez más como un adicto. Con un gruñido a modo de respuesta, salgo al exterior.

Máquinas veloces atraviesan una neblina espesa. Si hay un cielo, se encuentra acorazado, oculto tras los edificios, tras esta pantalla de muerte. Abandono, (esa palabra me martiriza). Un holograma titila encima del paso de peatones: "Crucen por favor". Doy un paso, me paro, vuelvo atrás. Mis ojos están crispados y mi boca apretada. "Pues yo jamás la abandonaré, le juraré amor eterno".

La ciudadanía, enfundada en sus monos de colores turbios, alcanza ya la otra acera. El rugido de las máquinas asciende. Por fin lo comprendo; si hay algún modo de entrar en Arcadia, sin duda es este. “No crucen, por favor". La frase reluce con una etérea luz carmesí. "Ahora", me digo, y mis piernas responden.

Cuatro pasos son suficientes. Algunos intentan frenar, pero no son capaces. Creo ver los riscos verdes reflejados en el cristal de ese parabrisas. Abro los brazos y sonrío.

Capítulo 12

UN DÍA DE LLUVIA Y MIEDO

El día en que una bomba estalló en la estación de Atocha, yo me encontraba haciendo mis prácticas de coche. Daba cinco clases a la semana, muy de mañana, después, el profesor me dejaba en la facultad. Me venía a buscar a mi casa muy temprano y yo, con legañas en vez de ojos, dirigía aquel cacharro de la autoescuela por las calles vacías, con reflejos cuestionables.

Recuerdo que aquel día ya me había ganado unos cuantos vituperios después de pasear, durante toda una manzana, por el carril contrario. Supongo que el profesor guardó silencio porque tenía la esperanza de que me diese cuenta en algún momento. Por suerte, nadie circulaba a aquellas horas por las calles de la ciudad portuaria.

Fue después de una segunda regañina por arrancar con el freno de mano, cuando llegando a la Universidad, escuché la noticia en la radio. "A las 7.37 horas del día de hoy, se han producido una serie potentes explosiones en cadena en la estación de Atocha. Las bombas habían sido situadas en el tren de Renfe dedicado a cercanías número 21431 que en aquel momento se situaba en la vía 2…".

Si seguí conduciendo no lo recuerdo, los berridos de mi profesor y copiloto me trajeron de vuelta. Ni idea de porque me gritaba esta vez. Mi cara estaba congestionada. Tanto mi hermano como mi hermana, que vivían por aquella época en la capital, cogían ese tren que pasaba por Atocha a aquella misma hora. Recuerdo que aminoré la marcha al llegar al campus.

A través del ventanal de la Facultad de Derecho, el que daba a la cafetería, pude ver como todos allí contemplaban el pequeño televisor que se encontraba colgado del techo del establecimiento. Imágenes de gente llorando y cuerpos de salvamento se estaban emitiendo en aquel momento. Aparqué dios sabe cómo y, sin despedirme de mi profesor, me dirigí al interior mientras marcaba el número del móvil de mi hermana. Ni siquiera me di cuenta de que estaba lloviendo. Comunicando, ¡dios mío!, llamé de nuevo, comunicaba otra vez. Igualmente le pasaba al de mi hermano, sin señal.

Me temí lo peor. Sentado en una mesa de la cafetería, sin quitarme el abrigo y mirando con ansiedad al televisor, intentaba coger aire a bocanadas. Mi respiración seguía el ritmo que le marcaban mis rodillas temblorosas. Hacía ya varios minutos que se me escurrían las lágrimas,

hacía ya varias rellamadas que había empezado a cundir el pánico.

Llamé a mi madre a ver si sabía algo. Al parecer, ella también estaba intentando contactar con Madrid, puesto que su teléfono tampoco respondía. Me sentía asolado por la angustia, no tenía ni idea de que hacer.

De repente... calor.

Fue como una quemadura en el hombro. Mi cuerpo se encontraba tan insensible, que aquel estimulo tan nimio captó la atención de todos mis sentidos. Me aferré a él, buscando algún motivo que me alejase del pánico. Alguien apretaba su mano en mi hombro, una mano cálida. El causante de la laceración, tenía su cabello rubio revuelto dintelado con rizos mojados. Sus cosas se encontraban en una mesa cerca de allí. Había dejado su zumo y su donut a la mitad, me miraba preocupado. Lo había visto en alguna clase, ¿en Derecho Procesal, en Internacional Privado, quizás?

El zumbido sordo que salió de su boca sonó a interrogación. Obligué a mis oídos a dejar que el exterior se comunicase conmigo.

— ¿Qué? —le pregunté.

—Te decía que si te apetece un café…

—Si...—Ni siquiera le pregunte el porqué de sus atenciones. Una mano en el hombro y un café, o era eso, o una televisión antigua y un día de lluvia y miedo.

Se sentó a mi lado.

— ¿Estás seguro de que estaban en el tren?

— ¿Seguro? —Me costaba darles sentido a las palabras.

—Debes pensar que algún conocido tuyo se encontraba allí, y te pregunto, ¿estás seguro? Pasan muchas cercanías todas las mañanas. Seguramente no tengas de que preocuparte.

—Pero los teléfonos no responden.

—Ya han hablado de eso, hay un colapso de líneas. Familias de toda España llaman en estos momentos a sus conocidos hayan cogido ese tren o no. Aquí está el café, toma, bebe. Les he dicho que te trajeran también un sándwich.

Creo que dije gracias, pero, en aquel momento, mordisqueaba mi sándwich con extrañeza mientras intentaba sondear los ojos verdes del chico del pelo mojado. Nadie puede ser tan amable en un día de lluvia y miedo.

— ¿Te conozco?

—Yo a ti si, vamos juntos a muchas clases.

Tenía una sonrisa a honesta y unos dientes ligeramente torcidos.

—Me costaría presentarme con un poco de dignidad en estos momentos.

—Ya sé cómo te llamas. Soy Néstor, y no necesitas a tu dignidad para hablar conmigo.

El teléfono, era mi madre, al parecer ceder al nerviosismo era cosa de familia. Todavía se vislumbraba el resuello en su voz. Mi hermano había dormido en casa de su novia, no había cogido el tren. Mi hermana había tenido guardia la noche anterior en el hospital en donde trabajaba y libraba aquella mañana.

Cuando cerré el teléfono y, al fin, respiré, fue cuando toda la vergüenza propia acudió a mí, obediente. Fui consciente de mi cara, de mis ojos hinchados y, en general, de las pintas con las que estaba allí sentado, pero, sobre todo, fui consciente de que me gustaba mi acompañante.

—Todo bien.

—Muy bien —respondí.

Me levante y le dedique una sonrisa congestionada.

—Gracias por... Bueno, por el café. —El meneó la cabeza guiñándome una sonrisa—. Supongo que tengo que irme, es hora de subir a clase, ya no tengo excusa para faltar. Tengo Derecho civil y ya llego tarde.

— Ya llegamos tarde —me dijo sonriendo.

Desde aquel día y, durante mucho tiempo, Néstor y yo tomamos café varias veces. Cafés calientes en días de lluvia sin miedo.

Capítulo 13

SIMPOSIO EN LA LOMA

La loma, abrigada por una niebla añil, se encontraba más melancólica que de costumbre. En ese momento despuntaban los primeros destellos matinales y yo sentí como me bamboleaba con el aire de las alturas aun cargado de rocío, el viento arrastraba mi hedor bien lejos y eso se agradecía. El cáñamo alrededor de mi cuello emitía algunos gruñidos, cualquier día terminaría de corroerse y acabaría tirado en el barrizal.

En el burgo, allá en el valle, se distinguían varios resplandores, ya habían comenzado los primeros trajines de los habitantes. Escuché el eco de bestias relinchando entre la arboleda.

En la loma todos seguían aletargados, con ese sueño inconexo que tan bien conocíamos, latidos que eran, en realidad, días. Mi cuello parecía haber cedido un poco a la presión debido a la carne descompuesta. Hacía tiempo que no veía mi ropaje podrido, ¡me faltaban dos dedos!, ¿desde hacía cuánto? Miré alrededor. Tarde un rato en darme cuenta de la novedad. Un nuevo poste se había erguido, "parece que pronto tendremos compañía".

Noté un siseo dos patíbulos más allá, Charles había vuelto a la vigilia, notaba ese zumbido que solo los que vivimos más allá del velo sabemos reconocer. Para tratarse de Charles era un saludo algo distante, parecía de pésimo humor. Pronto vendrían los cuervos y me contaría todo, ¿pronto?, no, ya estaban aquí, los graznidos se acercaban.

Definitivamente, había mucho movimiento en el burgo. Sentí un pellizco en la cuenca del ojo.

—¡Hola, Moro! —Con una inclinación de cabeza y un suave picotazo a mayores en la mejilla, Moro me saludó. Era mi carroñero particular, mi asistente personal, podría decirse. ¡Ah! las interminables conversaciones en el velo eran bien distintas, pero cuando tocaba la ronda, solo estos pajarracos del demonio nos permitían cambiar impresiones entre nosotros.

Yo había sido el primero en comenzar la ronda e inspeccionar los aledaños a mi cadáver, aquel día auguraba algo interesante. Vivianne y Alfred sintonizaron. Chispa y Lamefístulas, coronaban sus cabezas e ignoraban el bamboleo que su peso provocaba en los cuerpos colgantes. Las aves emitieron un sonido disonante, el zumbido se acompaso con él, se

formaron las palabras.

—Buenos días, Griswald —saludaron casi al unísono.

—Alfred, Vivienne...

—Te has levantado pronto hoy —dijo Vivienne.

—Día de ronda. Ya sabes, querida, a Griswald le encanta la ronda. Si hubiera muerto con su cabeza incrustada en sus posaderas, aun así, asistiría a cada ronda puntual, aunque fuera solo para contemplar su colon.

—¡Alfred!

Alfred rio, Lamefistulas gorjeó un rato, Alfred era algo simplón, pero de buen corazón, un bastardo mantenido en secreto por su padre y dado a la buena vida, aunque se decía que mancillaba a cortesanos y su mujer, Vivienne, disfrutaba del espectáculo. No se encontró prueba alguna que apoyase estas acusaciones, extrañamente, eso no evitó que acabaran en aquella loma, con su carne llena de bochas y sus vestidos de lana de calidad hechos jirones.

—Pues sí, adoro las rondas —respondí yo al comentario, con buen humor—, un poco de aire fresco, de consistencia...

—La solidez no lo es todo. ¿Os habéis fijado?, han alzado un nuevo poste, ¡qué emoción!, vamos siendo ya como una pequeña familia.

—¡Oídme!, ¿y donde se ha metido Charles?, ¿aún duerme? —preguntó Alfred.

—¿No está despierto?, le escuche hace un rato —respondí.

—A lo mejor Falaz aún no ha llegado. ¡Ah!, pero si le veo desde aquí, le picotea la tripa, como de costumbre.

—¡Bah!, lo hace por vicio, nunca le veo llevarse ni un solo bocado al buche —dijo Vivienne.

—¿Charles? —No recibí respuesta.

—Parece algo reservado hoy —susurró Alfred.

—Triste, quizás —puntualizó Vivienne—, a lo mejor ha visto algo.

—¿Habláis de mí? —Falaz gorjeó.

—¿Fingías no escucharnos, Charles?

—Vivienne...

—Estaba pensando... —responde Charles.

—Cuéntanos, ¿qué has visto? Sabes que siempre he sentido curiosidad por tus historias. Quiero decir, ¿no es increíble?, cuando vivías soñabas con nosotros y ahora que estas a nuestro lado, sueñas con ellos.

Charles no parecía seguir el hilo de la conversación.

—Déjale querida, siempre haces lo mismo.

—Las cosas no hay que guardárselas.

—Parece que allá abajo se ha liado una buena —puntualizó Alfred, de repente.

Charles no dijo nada, ignorando nuestras palabras.

—Sí, lo sé —respondí yo—. Empezó hace... ¿Cuánto tiempo llevamos hablando?

—Cuatro horas —dijo Vivienne.

—¿Cómo es posible que puedas calcularlo? —me sorprendí.

—Es algo que se me da bien.

—Te despistas unos minutos y para la carne viva ya ha pasado medio día —bufó Alfred—, nunca me acostumbraré.

—Bueno, el caso es que parece que hay mucho bullicio y…—dije— he oído gritos. ¡Mirad, mirad!, luces subiendo la loma.

—Son candiles, ¡pero si ya ha amanecido! —puntualizó Vivienne.

—¿Y eso que importa? —dijo Alfred.

—Que son ganas de tirar el aceite que las cosas no se dan regaladas.

—Querida, de verdad, a veces...

—¿Qué puede estar ocurriendo? —les interrumpí.

Oí a Charles dar un suspiro, Falaz dio un gritito ahogado, transcribiendo sus palabras. Mi querido Moro, a su vez, respondió lacónicamente, transmitiendo mi preocupación.

—¿Que acontece Charles? Dinos que has visto.

Charles pareció dudar.

—He visto a mi sobrino.

—¿Tu sobrino?, ¿Cuantos años ha de tener ya?, debe ser señor feudal, por lo menos. —husmeó Vivienne.

—Vive en la ciudadela rodeado de lujos, pero hoy todo eso se ha acabado.

—¿Tiene esto algo que ver con él?

—¿Quieres decir...? —comenzó Alfred.

—Sí, he tenido una visión, le he visto reunirse conmigo aquí en la loma.

—Pero, Charles, ¿acaso es un hechizado como tú?

—No lo creo —respondió.

—Pero es un señor feudal, ¿cómo? —dije—, es imposible que...

—Los tiempos cambian mientras soñamos. —Charles suspiró.

—Nosotros no soñamos, somos sueño —dijo Vivienne.

—Querida, deja estas letanías para el velo. El tiempo vuela aquí.

—Mirad. —Me puse en guardia—. Ya se oyen las voces airadas, alguien suplica.

—Es mi sobrino. Le traen a la grupa de un caballo atado de manos y piernas. Mi querido sobrino. Aún es un muchacho tan sagaz, tan gallardo.

—Venga, venga, no es una tragedia. Se quedará con nosotros, todos acaban así. —dijo Alfred.

—El caso es como acaban, querido.

El gentío iracundo hundió sus pies en el barrizal de la loma. La comitiva estaba compuestos aldeanos y burgueses de baja cuna, estaban muy excitados.

—No es muy apreciado, tu sobrino —dijo Vivienne.

—Algo les habrá hecho —puntualizó Alfred.

—Todo un pueblo levantándose al unísono. —Estaba sorprendido—. Han pedido apoyo a otro señor feudal.

—Idiotas, ahora estarán bajo su merced. Salir de las ascuas para caer en el fuego —Alfred habló con sorna.

—La plebe es plebe querido. Mirad, ya le desmontan.

—¿Que dicen? —pregunté ansioso.

—Algo de que dios le da fuerza contra la haraganería —dijo Vivienne—, no, ¡la tiranía! ¡ha dicho la tiranía! Eh...blah,blah... pues buen señor es aquel que vela por las buenas gentes piadosas.

Lamefistulas dio un graznido de enfado acorde con la situación:

—No hace falta que lo retransmitas todo, Vivianne.

—Mi pobre sobrino, ¡y yo he de verlo! —gimió Charles—. ¡Por favor, Falaz! ¡Arráncame los ojos!

—No seas bobo, luego te aburrirás en las rondas —le regañé.

—Siempre puede salir del envoltorio —dijo Vivienne—, como los pobres subterráneos. Si quieren ver algo más que su caja de pino han de trepar.

—Fuera del cadáver hace frio —recalcó Alfred.

—Se creen mejor que nosotros —dijo Vivienne.

—Ser ahorcados será denigrante, pero, al menos, tenemos buenas vistas. —Alfred se mostró airado.

—¡Alfred, Vivienne! —increpé—. Cálmate, Charles. Acepta las cosas como son, este es el final del camino para todos, al menos te tendrá a su lado.

Un muchacho apareció tropezando por el barrizal y entró en mi ángulo de visión, era el sobrino de Charles. Intentaba ganar tiempo a base de traspiés. Pude verle con su manto sucio a los hombros, se lo habían puesto a modo de mofa pues iba en ropa de cama, lo que significaba que

le habían asaltado en plena noche. Sus cabellos rubios ocultaban unas gallardas facciones llorosas. Dos recios artesanos le daban empujones, provocando que, más de una vez, estuviese a punto de caer en el lodo.

—Ya sabemos para qué es el nuevo poste —dijo Vivienne apenada.

Falaz daba grititos y los gemidos de Charles nos rompían nuestros corazones pálidos. Al joven señor se le había caído el manto y pataleaba, olvidando toda dignidad.

—¡Dios mío! Si solo es un muchacho —dije.

—Que no ha sabido jugar sus cartas —continuó Alfred—. El pueblo rebelado, ¡que fascinante! —Vivianne parecía casi disfrutar de la situación.

—Más bien manipulado —respondí.

—Pero, como dije, los tiempos van cambiando.

—¡No quiero verlo! —Insistía Charles—. ¡Falaz, por lo que más quieras, deglute mis corneas!, ¡trínchalas!, ¡no me permitas ver esto!

Apilaron un par de cajas y unas alforjas y ajustaron la soga al cuello del muchacho con un nudo corredizo. El joven señor quedó ahora solo en su plataforma improvisada, lívido como si la muerte le hubiera reclamado ya.

Los graznidos eran inaguantables, el llanto de Charles era incomodo, Vivienne y Alfred habían abandonado la letanía vacua y jocosa que tanto les caracterizaba. Algún aldeano se puso nervioso al oír al ave gañir de tal modo. Un hombre enjuto en ropas pardas recitaba desde hacía un buen rato una perorata, a su lado, con sotana ajada, se encontraba un sacerdote.

—...por justicia de dios que es de los hombres y por tanto la del pueblo...—decía.

—Nos llore más Charles, es ley de vida, pronto podrás saludarle. —Vivienne intentó animarle sin éxito.

—Comiencen la ejecución. —finalizó el sacerdote.

Los gritos y las suplicas acudían ahora a la garganta del muchacho que, hasta el momento, parecía haber enmudecido. El verdugo se preparaba para derribar el único apoyo del condenado, atento a la orden del sacerdote. No podía soportar ver así al pobre Charles, mi cuervo voló

presto.

—¡Arráncale la lengua, Moro! —pensé con toda la fuerza de la que fui capaz—, sácale de en medio.

Moro comenzó a hacer estragos entre la multitud, que gritaban con sorpresa. Llegó junto al sacerdote y comenzó a coserlo a picotazos.

—¿Vamos, querida? —le preguntó Alfred a Vivienne y esta rió extasiada. Sus voces se enmudecieron, sus intérpretes alados se dirigían ahora en pos del verdugo. Falaz, comprendiendo lo que ocurría y envalentonado por la hazaña de sus compañeros, abandonó a Charles y revoloteó también alrededor del sacerdote y del hombre de las ropas pardas a modo de advertencia, después graznó de forma muy aguda y continuada durante unos segundos y, antes de que el verdugo echara a correr manoteando y sangrando loma abajo, nuevas formas oscuras se aproximaron al lugar. Eran bandadas espontaneas de cuervos que respondían a la llamada de Falaz. Las gentes comenzaron a gritar de nuevo, esta vez, de pánico.

—¡Esto es cosa del maligno!, ¡Dios mío de los cielos, ten compasión! —exclamaban.

—El demonio no quiere que se haga la voluntad divina, ¡aguantad hermanos! —El sacerdote había recuperado el ánimo, él mismo se encaramaba ahora a la improvisada tarima para empujar las alpacas.

—¡Atento moro, ahí compañero! —pensé—. Encárgate de ese gaznápiro calvo, ¡así, chico!

El sacerdote, ahora sin parpado, y cubriéndose el globo ocular, cambió de opinión y se sumó a la tocata y fuga. No cabía en mí de la ilusión, Alfred y Vivienne reían con la alegre perfidia acostumbrada. Podía notar la esperanza volver al espíritu de Charles.

El muchacho que no pecaba de espabilado, había por fin decidido dejar de admirar aquel espectáculo surrealista y, viéndose solo, se liberó del lazo aun holgado y, con las manos a la espalda, bajo del apeadero tropezando con algunas sacas. Corrió loma abajo hacia la arboleda. Tres veces cayó en el barro y tres veces se levantó con desesperación.

—¡Protégeme, señor! —murmuraba.

En dirección contraria, pude observar a los últimos burgueses trotar en desbandada hacia la ciudad. En la loma aún quedaban algunos incautos huyendo de los cuervos, que los perseguían en vuelo rasante.

—Moro. Ven, bonito. Aquí Moro, ¡que vuelvas! ¡Maldito come-heces!

Falaz, mucho más responsable en su cometido, hacía ya rato que picoteaba en la cabeza de Charles,

—¡Gracias, gracias a todos!, ¿cómo podré agradecéroslo?

—¿Que ves ahora, Charles?

—Veo casi lo mismo —sonrió Charles—...pero algo más lejano.

Vivienne se sumó a la conversación.

—Ha sido divertido, querido Charles, pero no entiendo que ha cambiado con esto. Como tú dices, acabará en un lugar muy parecido a este, ¿qué sentido tiene retrasarlo?, se hubiera ahorrado angustia, miedo y una paupérrima vida de fugitivo.

Alfred ya dotado de palabra coincidió con su esposa:

—¿Qué tipo de vida tendrá ahora? —Charles no paraba de reír. Lo hacía con dulzura.

—La misma vida que entra ahora en vaharadas en sus pulmones, la misma que intenta conservar. Sí, yo sé cuál es su destino. Solo queda por descubrir que camino será el que recorra hasta alcanzarlo, y eso, mis estimados colegas, es lo que más importa.

—Entretenida Ronda, sin duda —alegué yo—. No hay nada como tener buenas vistas.

Todos reímos. Los chillidos de los carroñeros inundaron la loma del patíbulo.

Capítulo 14

PELLELA

Pellela atravesó la plaza. Agosto en Roma. Peinada con un desenfado calculado, vestía una camiseta con remaches, el símbolo de la paz adornaba la cinturilla de sus vaqueros descoloridos.

Pellela observó a una mujer rumana tocando el acordeón. Dos niñas con faldas rosas, animadas por la música, corrían sobre los adoquines alrededor de las farolas. Pellela aplaudía a la interprete cuando una niña le pisó un pie y Pellela perdió el equilibrio, la otra niña, a la zaga de la primera, le dio un ligero empujón. Pellela dio un traspiés y un adoquín traicionero causó que su cabeza chocara contra una papelera. Su cuello quedó ligeramente desviado.

Pellela alfombró la plaza durante al menos dos horas. Se desmontaron las terrazas, la gente cenaba ya y los turistas sacaban sus últimas fotografías. Dos "Carabinieri" se toparon con Pellela y la miraron con sorna, criticaron sus ropas remendadas, pero no repararon en la mancha carmesí que adornaba la papelera. La arrastraron hacia la esquina del callejón situado en el lateral de la Iglesia.

—Esto está lleno de drogadictos —dijo uno.

—Dejémosla ahí hasta que se le pase el mono —respondió el otro.

Pero lo único que pasó por allí fue un carterista que la despojó de su billetera y su tarjeta american express. Pellela siguió adornando los adoquines una semana más hasta que su olor la delató.

Capítulo 15

LUCIÉRNAGAS

Me senté en mi hamaca verde, con los pies mojados metidos en las chanclas. Las noches de mayo en el jardín son para disfrutarlas. Di un sorbo a mi cerveza sin alcohol. La manguera reposaba a mi lado. El césped hacía días que necesitaba de un alivio, una regañina de mi mujer me convenció de lo urgente de la situación, aunque llamar césped a lo que me encontré era indulgente. Prometo que intenté hacer lo que pude por aquellas briznas tostadas. Mandé a mi hijo Daniel sentarse en el cemento y seguir leyendo allí. Él siempre tan recogido, siempre tan tranquilo. Los grillos movían sus patas y la noche llego al vecindario, acompañado de una brisa bañada en salsa barbacoa.

Observé a mi esposa a través de los ventanales de su estudio. Se inclinaba sobre sus documentos, soplándole al mechón de cabello que insistía en caerle sobre el rostro.

Apenas me di cuenta de la aparición de las primeras luciérnagas. Me dediqué unos minutos a contemplarlas, dando sorbos a la cerveza y alejándolas de mi cuenco de nachos con algún manotazo distraído. Escuché de repente unos resuellos. Mi hijo había abandonado su lectura y perseguía con lentitud, pero de forma pertinaz a aquellas ascuas invasoras. Sus ojos verdes parecían tener luz propia y competir con las mismas luciérnagas.

"Su hijo es capaz de amainar una tempestad con un par de palabras", le había dicho su profesora en la reunión de padres de alumnos. "No da ningún problema, por eso puede estar tranquilo. Es un niño modelo, posee un gran carácter conciliador". "Si, lo sé, por eso siempre nunca le quito el ojo de encima", ella había reído educadamente.

Mi mujer me miró desde su estudio, me dirigió una sonrisa y le dio ligeros toquecitos a su reloj. Eso se traducía en un amable "¿cenamos ya?". Yo asentí, el pollo con arándanos hacía rato que guardaba calor en el horno. Sabía que siempre era mejor esperar a que ella se tomara un descanso por motu proprio que sacarla de su trabajo a tirones, eso podría ser tan arriesgado como despertar a un sonámbulo.

Entré en la cocina y retiré la bandeja del horno, luego dispuse la mesa y saqué el agua fresca de la nevera, así como una botella de vino. Llamé a mi mujer por el pasillo y salí al jardín para avisar a Daniel. Me quedé agarrotado en la puerta al patio. Mi hijo reía. No, aquello no era risa, eran alaridos febriles. Apuntaba a las luciérnagas con la manguera y las hacia

caer al suelo. Miles de ellas alfombraban la hierba formando una vía láctea en nuestros parterres. Daniel, saltó con delicia encima de los insectos hasta que su luz se apagó por completo.

"Daniel, cielo, la cena se enfría", dije con calma, y retorné al interior. "Carácter conciliador", pensé. "Si, por eso nunca le quitó el ojo de encima".

Capítulo 16

EL CORAZÓN SORDO

No me puedo creer que tan siquiera llegara a verla. Yo me encontraba ahí, en el maizal, ¿sabes?, donde ella ataba las alpacas. Había un cuarto con paredes de granito ornamentado solo con una piedra circular. Le gustaba hacer allí las filloas (1), las hacía blandas por el centro y crujientes en los extremos. Extensas crepes saladas, que podías estrujar en la mano y que te llenaban la boca de una masa cremosa.

Pensé que me iba a sentir mejor, ya me entiendes, aspirar algo de ese perfume a hierba mojada y mazorcas de maíz que siempre la rodeaba. Creerás que soy tonto, pero pensé que quizás quedaría algo impregnado en las grisáceas paredes del cuartucho. Ahora solo hay una rueda de moler ennegrecida. La paja estaba amontonada de mala manera, ni siquiera la habían puesto a secar. Aquella que no estaba húmeda volaba en brazos de alguna ráfaga inoportuna de viento. No te preocupes, puedes reírte. La melancolía siempre despierta mi vena poética.

La verdad es que estaba allí parado, muerto de frío y escupiendo trazos de paja seca que chocaban contra mi cara. Los demás se habían quedado en la casa, quizás para concederme minutos a solas mientras visitaba sus rincones favoritos.

Ella nunca había dicho una palabra, no sabría cómo articularlas, como bien supondrás. Nadie le había enseñado a vocalizar. En la casa se comunicaban con ella por un lenguaje de señas casero, pero efectivo. También lo usaba yo durante nuestras exiguas charlas. Disfrutábamos más de los momentos. Como cuando llevábamos juntos el ganado al prado y nos tumbábamos a la sombra de los robles. A veces ella, con grititos divertidos y sonrisa de niña, me señalaba algún animalillo, algún topo o alguna liebre. Una vez consiguió acorralar a un conejo. Deberías imaginártelo, ella, a sus años, tan grandota y oronda renqueando, con la respiración entrecortada por la risa, detrás del roedor, guiándolo a una trampa improvisada. Recuerdo que cuando me lo trajo de las patas y yo la miré compungido. No sé si tenía pensado que fuese la cena de aquella noche, pero si era así, debió haber cambiado de opinión en el último momento, cuando vio mis morros infantiles anunciando el preludio de un disgusto. Solo sé que, al final, me lo puso en el regazo y me animó a que lo acariciara, luego lo dejo ir.

Me gustaba, también, remover con las manos la masa líquida de las grandes tortas que preparaba. A veces me cogía los dedos, me los chupaba y se llevaba la mano a la tripa con un sonoro "hmmm",

guiñándome un ojo. Si, era divertido, ella era divertida.

No necesitábamos pronunciar palabra, ¿sabes?, ella no era como el resto. Quizás su deficiencia era su mayor virtud.

Da igual cuantas vueltas diese por la finca, el caso es que parecía no tener sentido ya. El resto de la visita no fue agradable, acabé sentado en el banco de frío mármol de la entrada mirando el cielo encapotado. Todo fue repentino, yo no pude asistir a su entierro, no entiendo como fui el último en enterarse. Hacía tiempo que no iba por allí, pero eso no significaba nada, ¿entiendes?, nada. Pero no los culpo, estaban demasiado hundidos, no los culpo.

Se acordaron, al final... Cuando ya estaba bajo tierra. Uno de mis parientes políticos me puso la mano en el hombro. "Siento lo de tu tía deberían habértelo dicho antes".

No me preguntes por qué me fijé, pero recuerdo que el viento fuera era huracanado y golpeaba muy fuerte, puse mi atención en eso, porque, quieras o no, en esos momentos no te apetece oír ninguna chorrada de esas. Así que me concentré en la ventisca y en algún mugido esporádico que venía desde las cuadras al otro lado de la finca. Eran de estos mugidos agónicos, las reses estaban asustadas por el temporal.

Mi prima se ocupó de arruinar mi evasión. Se sentó a mi lado y me dio el típico beso en la mejilla. No logro olvidarme de lo que me dijo:

"No estés triste, ella no hubiera querido que le dijeras adiós. Además, aunque se lo dijeras, no hubiera podido oírte".

Lloré de repente, fue una vergüenza, ni te lo imaginas. Mi prima estaba confusa, ella no había pretendido hacerme daño, lo sé. Pero era cierto, ella no hubiera podido oírme y también era cierto que ella no hubiera querido que me despidiese. Sobre todo, no hubiera querido que estuviese triste. Pero te diré que todo lo que dijo mi prima era verdad excepto en una cosa: yo no necesitaba decirle adiós, ¿sabes? Solo que la quería. Aunque supongo que ella tampoco hubiese podido escuchar aquello. Te parecerá una tontería, pero ahora pienso que no hacía falta. Quizás solo es una forma de sentirme mejor, pero no hago más que pensar que si algo me enseño mi tía es que, aunque el amor a veces sea mudo, el corazón no es sordo.

---

(1) Filloas: Acompañamiento propio de la gastronomía gallega.

Capítulo 17

NOVATO

Me despierto con el paladar grumoso, entreabriendo con esfuerzo las escotillas de plomo de mis párpados. El frío es lo primero que siento, hondo, lacerante. El somier está sucio, las mantas arrugadas y cubiertas de briznas amarillas. Veo la noche casi sin luna, huelo la tierra y los maizales. ¿Dónde narices estoy? Me levanto con la respiración agitada y emito dos pequeños gritos, el miedo tarda un rato en disiparse. Antes de rondar a Morfeo, me encontraba en la litera de la residencia, destrozado después de una noche de duro estudio y una cena pesada y aquí estoy ahora, en una plantación de maíz inmensa y, al parecer, aislada del mundo. Los tallos del cultivo crecen compactos, codo con codo, y tan solo un camino, apto para la maquinaria, se abre paso a través de la fronda.

Me levanto descalzo, ensuciándome los pies. Maldigo con cara de asco. Recojo la manta del somier y me la pongo a los hombros. Camino con torpeza, intentando guiarme por la luminiscencia que define los contornos de la vegetación.

A medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad es más fácil caminar driblando los socavones y evitando las rocas. Se escucha el ulular de algún búho lejano y los graznidos, no tan lejanos, de alguna familia de córvidos. Los pies están entumecidos por el frio, con trozos de maíz adheridos.

Todavía siento el martilleo en la sien, no es solo producto del cansancio, sea lo que sea, alguien me indujo a aquel estado, a un estado de inconsciencia tal que pudieron haber removido todo mi somier y transportarlo junto conmigo a aquel lugar. Puede que la pesadez de estómago no sea debido a la cena. ¿Pero quién podría haber...?, en la Residencia no hay nadie tan cabrón como para hacerme aquello. Los conozco desde hace meses, es cierto que había llegado nuevo en aquella promoción, pero hemos hecho buenas migas y nos lo pasamos siempre en grande. Un novato llegado en mitad del semestre levanta mucha curiosidad.

Creo que son imaginaciones mías, el sonido del arrastrar de la manta detrás de mí, pero me doy cuenta que el siseo que oigo parece provenir de entre la vegetación muy cerca, casi a mi lado, es como una respiración entrecortada. Un escalofrío me recorre la columna, mis ojos se tornan llorosos en parte por el frio, en parte por el miedo.

Acelero el paso, tirando la manta y apartándome lo máximo posible del origen del sonido, me corto con la hoja de un tallo en la cara, pequeños regueros carmesíes descienden desde mi mejilla hasta mi boca. El sabor herrumbroso de mi sangre me angustia aún más. Algo se mueve entre la vegetación, resoplando. Escucho gemidos, gemidos caninos. Comienzo a andar muy deprisa, casi corriendo. El camino se bifurca en varios puntos, semeja como si, tarde o temprano, fuera a volver al punto de inicio. Temo estar corriendo en círculos con alguna bestia salvaje tras mis pasos.

Quizás si sigo adelante llegue a la entrada del inmenso latifundio. Solo encuentro maíz y más maíz, sacos de estiércol desperdigados de aquí a allá, rocas extraviadas y estacas de madera clavadas en el suelo. Resuello un poco ahora, pero parece que todo está en calma... De repente, la risa susurrante vuelve a sonar junto a mi oreja, me parece notar una cálida vaharada de aliento en mi cuello. Corro unos cuatro metros de una exhalación, un clonk me hace mirar atrás. Allí donde he estado segundos antes hay una azada clavada en el suelo, nadie la empuña. Han intentado abrirme el cráneo. Sea lo que sea que me persigue está cazando, acorralándome, jugando conmigo, y cuando se aburra....

Entonces hago algo irracional, doy media vuelta y recojo el azadón, algo parece agitarse a un lado, pero no quiero mirar. Con el azadón en la mano, corro y me desvío en varias bifurcaciones. Entonces, un zumbido capta toda mi atención, algo arrasa las mazorcas, abriéndose paso entre ellas, parece una máquina. Es una recolectora que corta los tallos de maíz y, si llega hasta mí, me cortará las piernas. A través de la prisión del maizal, mi asesino me persigue con intención de desbrozarme. Los pinchazos en mis pies desnudos son ya inaguantables, agarro el azadón con fuerza, es mi única arma de defensa llegado el caso.

Pero mi destino es otro, el suelo. Una de las estacas de madera enterradas es la causante. La torcedura de un tobillo, el levantamiento de una uña y el corte en una mano con el azadón es el resultado. Sin mencionar, claro, mi posible muerte. La adrenalina ha sido tanta que ni siquiera me he dado cuenta de que la maquina se ha detenido, se encuentra escorada en el camino, vacía.

Juega conmigo. ¡Dios mío! ¿quién es?, ¿qué quiere?, agotarme y torturarme psicológicamente, eso quiere, hasta que, magullado y paranoico, me rinda. Mis entrañas serán la guinda de su pastel en aquella macabra fiesta nocturna.

Ahora los aullidos agudos y humanizados parecen denotar excitación, hay más de uno. Estaba claro que van a atacar. Sea lo que sea son inteligentes, malignos, animalescos, lo suficientemente hábiles como para asediarme y manejar maquinaria homicida.

Me lamo la sangre seca de los labios, doy vueltas sobre mí mismo, cojeando y agarrando el azadón con mi mano dolorida. Comienzo a marearme, el corte es pequeño pero profundo, estoy perdiendo más sangre de lo que imaginaba. De nada sirve preocuparse por la herida de mi muñeca cuando mi vida está en peligro. Oigo siseos y murmullos a mi alrededor. Me rodean, una mazorca cae en mi cabeza y otra y otra. Una de ellas me hice daño de verdad en el cráneo, luego una piedra me parte la nariz y mi visión se vuelve rojiza. Estoy agotado, hipotérmico, herido, mareado y, sobre todo, aterrado.

Una forma negra corre a cuatro patas de un lado a otro del camino a mi espalda, la veo de reojo, pero cuando me giro ha desaparecido. Casi al instante, otra aparece y me atrapa por detrás, una gran garra se hinca en mi hombro y asoma una cara monstruosa. ¡Voy a morir, dios mío!

—¡Suéltame, suéltame! —Un aullido de placer—. ¡Suéltame!

Mi mano se mueve sola, aun en mi histeria, consigo alejar un poco la bestia. La supervivencia mueve mis músculos por mí. La bestia parece sorprendida. El azadón le atravesó el estómago, con la fuerza que solo la adrenalina puede dar. Entonces vi sus ojos, ya no había diversión en ellos, solo humanidad. Otros aullidos juveniles emergieron de los maizales. Eran risas.

—Se acabó la función, novato.

—Estaba acojonado, ¿lo habéis visto?, estaba acojonado.

—Se ha defendido bien.

—Yo creo que está muy mal parado. Deberíamos llevarle a la enfermería, ¿os fijasteis?

—¡No agües la fiesta Josh!, no es para tanto, ya verás.

—¡Eh, novato!, ¡te has quedado congelado! ¡Que!, ¿creías que te ibas a librar de la novatada?

Me vuelvo con los ojos desenfocados al borde de la inconsciencia, cubierto de rodales de sangre ajena. Los chicos vestidos de negro se sacan sus máscaras de látex, sus bocas se encuentran desencajadas. Me dejo caer inerte al lado del cadáver de mi compañero.

Capítulo 18

LA ATALAYA

(cuento largo)

Fase 1: La invitación

Tadeo escrutaba aquella forma desdibujada parecida a un espejismo, divisable más allá de las techumbres vecinas. Parecía tremolar y volver adquirir consistencia a intervalos. Su habitación estaba en el segundo piso, desde ahí oía el gentío del mercado y el ruido del tráfico, algún vecino le saludó desde la calle al verle asomado a la ventana, ninguno recibió respuesta y casi todos continuaron su camino tras encogerse de hombros. Tadeo, solo tenía ojos para aquello, aquella alucinación con forma de monolito. Era una inmensa aguja que horadaba primero la capa de carbono que rodeaba la ciudad, luego los cúmulos nubosos. Tadeo estaba librando una batalla, una lucha interior; debía tomar una decisión.

Hacía dos días que había visto por primera vez aquella inmensa torre y parecía el único capaz de verla ya que cuando le preguntó a su madre si sabía que era, no dio muestras de entender a qué se refería. Pensó en aquel momento que, quizás, había sido obra de un despertar no muy lúcido y se fue a hacer sus entregas como todos los días, pero al día siguiente seguía allí, y al siguiente, y al siguiente. Tadeo no podía evitar el observarlo todas las noches antes de dormir, sentía que aquella estructura le vigilaba, que podía sentir el vacío de su vida, aquel tedio que envolvía una mente curiosa como la suya, atrapada en una vida tan fatua.

Tadeo ansiaba reflexionar y comentar, compartir sus intrincadas y, a veces, delirantes visiones con el mundo, pero la gente a su alrededor, sus vecinos, amigos, familia, semejaban tan... limitados. Tadeo ansiaba conocer y, por ello, no paraba de elaborar hipótesis sobre la gran aguja artificial y su cometido. Fue aquella mañana cuándo algo le hizo replantearse el terminar con su análisis contemplativo y tomar un curso de acción bien distinto.

Su madre le despertó como siempre, dándole golpecitos al mismo tiempo que abría el panel solar de la cristalera. Él gruñó un par de veces y esperó a que esta saliera de la habitación, se levantó y se aseó, ordenó un poco su cuarto y, antes de tomar el elevador a la cocina, miró por la ventana. La torre era perfectamente visible, consistente como nunca.

Se sentó en la cama y se puso el calzado. Una arista le pinchó el dedo meñique de su pie izquierdo. Había algo en su zapato. Extrajo el cuerpo

extraño y resultó que era una tarjeta satinada, de tacto asedado, en ella había un grabado un simple diseño vectorial que representaba la forma de la gran torre y que cambiaba de colores dependiendo de la refracción de la luz. Si se inclinaba a un lado, podía leerse: "Considérese Invitado"." La Atalaya"

¿Cómo había llegado la tarjeta a su habitación? No había ningún nombre, ni número de comunicador, ni otra referencia, solo aquel mensaje, "está usted invitado". La Atalaya... ¿Era aquel el nombre de la gran torre?

Fase 2: El sector Bh

Tadeo temblaba de expectación, tenía entregas que efectuar, debía ir a trabajar como cada día, tenía una rutina... ¿Qué hacer? Volvió a mirar la tarjeta y esta vez pudo distinguir algo más, un romboide alargado que semejaba el indicador de una brújula. Parecía parpadear, quizás fuese una sensación óptica debido al material de la tarjeta, pero semejaba señalar en dirección a la torre.

La tarjeta puede llevarle hasta sus puertas. La Atalaya exigía su presencia allí. ¿Y quién era él para negársela? Todo sucedió muy rápido y fue preferible, si Tadeo se hubiera parado a pensar en lo que hacía no habría movido ni un dedo. Bajó sin que su madre se percatara de su paso por la cocina, cogió algunos bollos horneados en el microondas que se comería por el camino y los guardó en la bandolera, luego salió corriendo a la calle, dribló a algunas señoras del barrio que no tuvieron tiempo ni a pronunciar los buenos días, cogió su moto y, tarjeta en mano y a toda velocidad, siguió las indicaciones de la brújula.

Tres cuartos de hora después y habiendo cruzado los suburbios, Tadeo a llegó la única área de la ciudad no apta para civiles. Era una extensa llanura, bajo la cual, se encontraba un complejo sistema de conducción y refinado de gases, saneamiento de residuos y filtrado de aguas fecales, todo ello constituía el principal sustento de la vida urbana. Estructuras metálicas y puentes elevados creaban un pequeño laberinto, en algunas partes, el suelo estaba cubierto de planchas de acero bajo las cuales solo se entreveía una leve neblina rojiza.

No tardó más de veinte minutos en aparcar el vehículo y encontrar un acceso en el enrejado, las medidas disuasorias eran mínimas, y si el lugar estaba vigilado, Tadeo no vio a nadie. La Atalaya se hallaba allí, aun a unos minutos, rodeada de la misma bruma roja en la que, ahora mismo, Tadeo se internaba con breves accesos de tos.

Buceando a través de la niebla malsana, sin apenas referencias que guiaran sus ojos excepto el contorno desdibujado de la Atalaya, Tadeo

comenzó a reflexionar por primera vez desde que partió de casa. ¿Qué demonios hacia allí?, ¿en aquel lugar tan nocivo y solitario, dirigiéndose hacia una misteriosa estructura que se valía de trucos de artificio para atraerlo?

En aquel momento tendría que estar haciendo entregas, encadenado a su rutina, estable y férrea. En esos momentos, incluso, apetecible. Ese periplo bizarro suyo era de chalados. Giró 180 grados sobre sí mismo y empezó a andar con ímpetu en dirección contraria.

"Hora de volver" se dijo. Pero algo en su cabeza reclamó su atención. Un constante calambre de disconformidad justo detrás de las orejas. Algo no iba bien, aquella decisión era fruto del miedo, eso era, del miedo, la ansiedad y el agobio del campo de humos. No la estaba tomando libremente, no era producto de su voluntad. Tadeo supo que aquel lugar infecto era una salvaguarda, lo supo al instante. La Atalaya mantenía así alejados aquellos simples curiosos que no sentían ninguna verdadera necesidad de cambio, de revelación. La Zona Bh poseía esa peculiaridad.

La rutina no era deseable en absoluto, era un abrigo de plomo del que se quería desembarazar para siempre. Su mente aspiraba a cuestiones más complejas y emocionantes. Él aspiraba a algo más, aunque no supiera a qué. Volvió a girarse y, como había hecho al salir de su hogar, echó a correr, sin pensar. Se llevó varios golpes al chocar contra las estructuras metálicas que le salían al paso, pero siguió adelante casi a ciegas. "Enséñame", le pidió a la Atalaya.

Fase 3: La primera planta. El anfiteatro de los referentes

La Atalaya no se mostró de forma gradual, de repente se encontró frente a ella y eso que Tadeo no creía haber corrido más que unos cuantos metros. Tendría que haber tardado mucho más tiempo en llegar. De la impresión que esto le causó, tropezó con el borde de la escalinata de cobre que precedía al gran portón circular.

Subió a cuatro patas los primeros escalones, falto de palabras por la grandeza de La Atalaya. No era algo celestialmente bello, pero si grandioso. Era una construcción sucia y metalizada, terrenal y con formas discordantes. En su fachada tanto emergía una cornisa angular, como un enclenque arbotante espinoso, como un bloque poliédrico. Luces tenues se encendían y apagaban en las junturas de las grandes placas multiformes que la constituían. Allá, en lo alto, Tadeo creyó distinguir elementos que se movían, pero la altura que alcanzaba era tal, que un cumulo de nubes le dificultaba la visión.

Al llegar ante el portón, Tadeo golpeó varias veces, no obtuvo respuesta. Tanteó en busca de un resorte o timbre. Al final, se fijó en una débil ranura que apenas hubiera podido diferenciar de una mera juntura. Sacó dudoso la tarjeta y la introdujo allí, esta fue tragada de forma violenta. Un chirrido llego desde lo más alto, y cual descarga nerviosa por una columna vertebral, la orden fue transmitida a los mecanismos de acceso de la Atalaya. La puerta circular se fue veteando en arandelas helicoidales que se retrajeron y, luego, se ocultaron. Dentro estaba oscuro. Tadeo tragó saliva y entró.

Una luz blanquecina le abordó de manera instantánea, ¿dónde había ido a parar las sombras? Tadeo se volteó aún cegado y ya no pudo distinguir entrada alguna. Se giró de nuevo, estaba en una antesala luminosa, allá a lo lejos fue cobrando definición un cortinaje perlado y se comenzó a escuchar el eco de varias voces. Se asomó y lo que vio volvió a dejarle sin aliento.

En una titánica sala semicircular caminaban hombres y mujeres con tocados de diferentes épocas, todos ellos enmascarados, como engalanados para un baile. De grandes cables provenientes de un techo apenas visible, pendían pantallas poligonales en las que se visionaban ciertos personajes que discursaban con aquellos que quisieran atender a sus palabras. De hecho, muchos se sentaban delante de las pantallas y escuchaban en silencio o emitían sonidos de aprobación, algunos de ellos vestían los mismos ropajes que la persona a la cual encumbraban.

También observó pequeños discos flotantes que emitían lo que a Tadeo le parecieron hologramas, propios de una serie de ficción, hologramas de personas que charlaban con otras personas reales, mientras paseaban. Entró en el área y pudo observar varios reductos, extraños jardines apartados, mesas con comida y bebida. Todo allá parecía una vida placida, dedicada al aprendizaje y discusión de las máximas que aquellos maestros virtuales impartían. Los estudiantes escogían a sus referentes y aprendían de sus hipótesis, luego entraban en acaloradas discusiones creando nueva manera de defender las teorías aprendidas.

Varios asistentes virtuales le indicaron que los siguiera y propusieron que se pusiera una indumentaria más cómoda, parecida a la que vestían... Tadeo rechazó las ofertas y decidió ir por libre, se sentó ante varias pantallas y charló con muchos hologramas. Comió, bebió y durmió. Rousseau, Marx, Moliere, Ovidio, Platón, Sófocles, Herodoto... La lista de tutores holográficos era interminable. También empezó a entablar conversación con las personas que allí se encontraban, estas siempre le rehuían cuando intentaba preguntarles el porqué de la Atalaya, de aquella sala, o discutía otros temas que no fueran los expuestos por los Maestros. No semejaban reconocer la rutina a la que estaban expuestos, parecían no recordar cómo habían entrado allí, se disfrazaban según su corriente de pensamiento y su modelo de vida a seguir y comenzaban la mañana.

Tadeo, supo que había aprendido cosas muy valiosas. Había estado allí durante días, ¿meses quizás? Parecía que el tiempo se desdibujaba y eso comenzó a asustarle, ¿y si él se olvidaba también del porqué de su llegada?, ¿y si la comodidad de los simples teoremas ofrecidos, de su repetición constante, le entregaba a una duermevela de autosatisfacción?

Fue aquella tarde caminando por los jardines colgantes, entre cables plateados, que Tadeo se dio cuenta de una cosa. Puede que las personas que estaban allí hubieran entrado en La Atalaya para salir de la mediocridad, para tener un guía que les dijese que pensar, un salvador mágico que les ofreciese expectativas de mayor saber y autorrealización, puesto que ellos carecían de voluntad o, quizás, de pasión por las verdades. Les vendían humo, el aprender y el compartir ideas era beneficioso, pero siempre y cuando uno las utilizase para mejorar las propias. "Aquellas ideas que se interiorizan y salen de la propia razón, son las verdaderas", pensó Tadeo, "aunque hayan bebido de la experiencia de otros".

Los demás habían hecho bien en acudir allí, sus necesidades estaban asistidas, pero Tadeo necesitaba más, ¿Aquello ofrecía la Atalaya?, si era así, y aun agradeciendo las experiencias proporcionadas, Tadeo empezó a pensar que quizás aquella extraña torre no era lo que buscaba.

Un chirrido llegó desde arriba, La Atalaya bramó. Algunos de los ocupantes del anfiteatro, no así los tutores, se giraron durante unos instantes. En un extremo de un conjunto de gradas, una extraña tubería había descendido. Tadeo, se acercó hasta allí escalando las gradas y los asientos mullidos, llego a la última fila, la más elevada, y contempló la cañería desde abajo, vio solo oscuridad. Poseía la anchura suficiente para que pasara por ella un ser humano. Se sentó en el asiento que se encontraba justo debajo y se retorció para tener mejor perspectiva y escrutar sus profundidades. Sus ojos vieron como la tubería se acercaba, ¡no! era él el que se desplazaba. Por algún tipo de sistema mecánico, el asiento había salido eyectado hacia la tubería. La inercia impidió que Tadeo pudiera moverse, se adentró en la oscuridad y, agarrándose al asiento, subió a la siguiente planta.

Fase 4: La segunda planta. El observatorio de las hipótesis

Tadeo divisó el final del tubo y, tras este, una gran plataforma de metal circular que se sostenía gracias unos pilares titilantes que apuñalaban la oscuridad del pozo sin fondo. De algún conducto de aquellos que comunicaban con ese foso había salido él. La silla, al sobrepasar la plataforma, perdió potencia y cayó. El topetazo fue de órdago. Intentando recordar cómo se respiraba, Tadeo se despegó de la silla y reptó por la

superficie metálica.

Observó ahora que había otras columnas que se alzaban también sobre su cabeza. Cuando se le pasó la consternación de golpe, pudo ver que estas no eran columnas, eran demasiado asimétricas, algo les pasaba. Comprendió que eran brazos mecánicos que se estiraban, retorcían y daban la vuelta a toda la plataforma de metal, gracias a un sistema de raíles y engranajes. En la punta de cada brazo había una esfera, dentro de las cuales parecía haber un hábitat, eran como una especie de residencia o lugar de trabajo, Tadeo discernía siluetas que se movían en su interior. Cada esfera poseía dos telescopios, semejaban pequeños observatorios móviles.

¿Pero que observaban?, Tadeo no tenía ni idea, aquel lugar solo estaba rodeado de oscuridad sinuosa y maleable, casi viva. Tadeo decidió que la única forma de saber que pasaba era llegar hasta arriba, así que comenzó a trepar usando las junturas de las placas de acero o algún engranaje en movimiento. Al principio, pensó que no lo conseguiría y comenzó incluso a sentirse inquieto, había llegado ya demasiado alto, una caída y sería fatal, pero en la estructura del propio brazo mecánico encontró una especie de escaleras de emergencia y no tardó en alcanzar su objetivo a pesar de los vaivenes.

Al abrir la puerta ovoide de la esfera, esta hizo un ruido como de descompresión, como un chssss. Toda la esfera estaba hecha de un material ligero, parecido al PVC. En el interior otro escenario dio la bienvenida a Tadeo, era como si las paredes transparentaran un paisaje externo inexistente, flora y fauna desdibujada. No había correspondencia entre el volumen exterior e interior del aposento, por dentro era mucho más grande. Tadeo vio una puerta al fondo de un pasillo ovalado, en el hall había varias pantallas de información y diagramas, reconstrucciones digitales de insectos y hologramas de algunos dípteros. Bizarro, sin duda, pero no tanto como su residente, al que Tadeo encontró encorvado delante de la terminal que manipulaba los grandes telescopios. Las pantallas de la terminal mostraban el objeto de escrutinio desde distintos ángulos. Tadeo supo que lo que veía era imposible, eran terrenos boscosos, y en algunas pantallas el área de inspección se encontraba más detallada y se visualizaba un hormiguero. El hombre observaba el comportamiento de las hormigas ante diferentes estímulos que él podía provocar presionando uno o dos botones, como si pudiese dominar los fenómenos naturales.

¿Sabría un hombre que aquello era un artificio, un simulacro? Tadeo mismo no lo podría asegurar rotundamente. Tadeo carraspeó, el hombre se volteó asustado con los ojos en carne viva, una facción cadavérica. Ni siquiera le dijo nada, tan solo le miró un momento y le hizo una señal con la mano para que se fuera. Una vez identificada la causa de la irrupción y

no viéndola amenazadora, la ignoró.

"¿Qué haces?" es lo mínimo que Tadeo, podía preguntar, no le contestó durante unos segundos, Tadeo repitió la pregunta, "estudio insectos", dijo, Tadeo podría haber deducido aquello, "¿por qué?", "porque sí", fue la única respuesta, Tadeo insistió, el hombre, ahora irritado, dijo que era porque deseaba conocer más sobre ellos, cuanta más información mejor, ser el que más supiera de aquellos seres, el experto en insectos más grande del mundo. Tadeo le preguntó cuánto tiempo había estado allí, él se encogió de hombros, "mucho" pensó Tadeo, y supo que aquel hombre había pasado años y años obsesionado por conocer más sobre ese tema en concreto, alcanzar la excelencia en aquella área de la biología.

"¿No has observado ninguna otra cosa?". El hombre habló de forma distraída y sardónica, "solo lo haré cuando lo sepa todo sobre insectos". Tadeo le replico que eso nunca sería posible, al hombre no le importó. "¿Por qué no mirar un poco de todo?", preguntó el muchacho, "no sabría tanto sobre insectos", respondió el estudioso; "pero si un poco de todo, lo suficiente para que se dé cuenta de su triste vida", pensó para sí Tadeo, pero solo preguntó: "¿y qué importa eso?”, el hombre escéptico respondió: "entonces no sería sabio, sino un mediocre como los de ahí fuera, todo el mundo sabría lo que yo sé". Los de ahí fuera, al parecer, en aquella área sí tenían consciencia de que estaban dentro de la Atalaya. Error, Tadeo pudo intuir que se refería fuera de su burbuja.

¿Por qué todos los que llegaban allí y se asentaban en una de las plantas comenzaban a olvidar el aspecto de la Atalaya, su inmensidad?, ¿por qué ignoraban que se encontraban en su interior? Quizás, se dijo Tadeo, es porque ya han encontrado su lugar, "o se han conformado", susurro una voz dubitativa en su cabeza. "ya no necesitan ver la Atalaya, lo ilimitado de su estructura, sus posibilidades, solo ocupar su lugar en su arquitectura", "quien no busca no precisa encontrar".

El hombre se negó a seguir contestando las preguntas, cuando Tadeo insistió, oprimió un botón. Un agujero se formó en el PVC y Tadeo se precipitó hacia la oscuridad descendiendo hacia los engranajes del brazo mecánico más cercano. Iba a triturarle, Tadeo dio un alarido. Sin embargo, un gran crujido anunció el movimiento de otro de los brazos articulados. Tadeo vio como otra esfera de plástico se situaba justo debajo de él, no se golpeó contra ella, sino que la atravesó y la gravedad pareció reducirse. El muchacho respiró con dificultad intentando calmarse mientras sus pies se posaban en el suelo.

Se encontraba en un extremo de la habitación ovoidal que estaba vacía. Un holograma en el centro del recibidor decía "Actívame". Una vez recuperado del susto, Tadeo se animó a hacerlo, tocó esa frase etérea y todo se iluminó, chirridos electrónicos lo invadieron todo y, a través de la

burbuja, un crisol de colores se extendió.

"Elija tema" y eligió tema, seleccionó astronomía y astrofísica. Vio todo aquello que le interesaba disfrutándolo de veras. A través de los aparatos podía observar de verdad los cuerpos celestes como si se encontraran al lado, todos los datos, cien por cien fidedignos, eran enviados a sus receptores.

Aquello era increíble. Continuó con la herbología, la zoología, la climatología. Cada vez que proponía un nuevo tema la esfera parecía renquear, como si aquello no fuese muy común. ¿Acaso era de menester elegir un solo tema de estudio, tendía aquella máquina a la hiperespecialización? Tadeo, sin embargo, siguió aprendiendo todo lo que pudo de aquella esfera, pasando días y noches entre sus cálidas y suaves paredes abombadas hasta el hastío. Aquella vida dedicada a la observación y el estudio a la recopilación de datos comenzaba a pesarle. La investigación era asombrosa, pero Tadeo notaba que algo fallaba. Nunca entraba en contacto directo con el objeto de su estudio, ni se comunicaba con otros expertos en el tema, ni compartía sus emociones ni sus hipótesis con nadie. Una vida contemplativa, sin empatía.

Si el sistema que regía aquel observatorio móvil era tan asombroso, quizás pudiese buscar el origen de la propia Atalaya y así lo hizo. Introdujo los parámetros de búsqueda, todos referidos a la extraña estructura. La pantalla se quedó en negro, volvió a hacerlo varias veces, finalmente emitió un pitido estridente y "¡error!". Aquel lugar no estaba preparado para que se conociesen otros estadios de la Atalaya. Sus repetidas peticiones de búsqueda desencadenaron una serie de acontecimientos. Una alarma comenzó a resonar, su burbuja se apagó. Se precipitó a la entrada y fuera todo estaba rojizo. El brazo mecánico comenzó a bambolearse y tuvo agarrarse a la barandilla del exiguo porche. Era como estar en la copa de una secuoya en pleno huracán, los brazos comenzaron a rotar alrededor de la plataforma, como locos. Un haz de luz compacta cayó sobre Tadeo. Este sintió como la presión bajaba dos atmosferas y como la luz parecía rodearle y ceñirse a su cuerpo. Comenzó a elevarse, inerte. Era un rayo tractor.

Mientras ganaba velocidad, Tadeo miró hacia el techo donde en ese momento se abría una gran escotilla de metal, un acceso. Tadeo fue propulsado a la velocidad del sonido a la siguiente planta.

Fase 5: La tercera planta. La galería sináptica.

Con un chispazo, Tadeo se materializó y cayó sobre una superficie esponjosa. Se frotó la cabeza y miró a su alrededor, se encontraba medio

tumbado en una galería que parecía hecha de tejido poroso y maleable.

Las columnas diseminadas anárquicamente estaban hechas de filamentos orgánicos que emitían breves destellos. La atmosfera era violácea y los parpadeos no hacían sino aumentar la impresión de que uno se encontrase en una caverna de fantasía, pero Tadeo supo enseguida que es lo que estaba viendo, el interior de un inmenso cerebro.

Tadeo, aun tambaleándose, se puso en pie y recorrió unos cuantos metros. Tocó una de las columnas y el chispazo hizo que un breve dolor le recorriera su antebrazo. Chupándose el dedo, subió una loma, tras ella se escuchaban murmullos. La galería no estaba deshabitada, pero Tadeo no podía identificar a los entes que pululaban aquel lugar, poseían siluetas humanas, pero se veían desvaídos, eran como espectros de luz ultravioleta andando de aquí para allá susurrando y tocando una columna tras otra. No hablaban entre sí, de hecho, se atravesaban. Ellos no parecían sentir dolor alguno al tocar aquellas inmensas conexiones neuronales.

Varias veces intentó Tadeo interactuar con ellos, pero fue imposible, eran intangibles, apenas perceptibles si no fuera por una pequeña corriente de aire cargada de ozono. Era como si vivieran en otro plano, allí donde mirase Tadeo solo veía más espectros y galerías interminables. No entendía el sentido de todo aquello.

Al final no llegó a otra conclusión que hacer lo que los espectros hacían. Volvió a recibir una descarga. ¿Cómo lo harían ellos? Uno de los espectros se encontraba ahora conectado a los filamentos, bañado por una tenue luz. Tadeo se acercó y, por primera vez, notó que donde debía estar su rostro se formaban imágenes de otros muchos rostros. El espectro relejaba formas y colores y la columna no solo emitía destellos sino también pantallazos de luz que mostraban diferentes escenas... Eran como recuerdos, o quizás fantasías.

Tadeo pareció comprender. Todo lo que los filamentos mostraban procedía del sujeto mismo. No debía esperar aquellas conexiones le mostraran nada, era él el que tenía que mostrarle a la galería lo que había en su interior. La galería era un instrumento, un laboratorio de abstracciones. Tadeo decidió comenzar por concentrarse en un recuerdo. Su madre trabajando en el jardín de atrás, oliendo a tierra mojada y a perfume. La columna no lo rechazó, un puente de electricidad unió la yema de sus manos a su superficie, atrayéndole. En seguida, él se sumergió en ese recuerdo volvía tener diez años y a mancharse la ropa de barro, su madre le reñía y, luego, con una sonrisa pícara, le mojaba con la manguera y él corría empapado bajo el sol de julio. No solo era como volver a vivirlo, todos sus matices estaban potenciados, cada sensación abstracta deshilvanada. El arrepentimiento, la felicidad, la ilusión, la curiosidad, pudo analizarlas y encontrar los motivos racionales tras esos

sentimientos, en qué momento se desencadenaban y por qué. Aquel lugar era una gran caja de resonancia emocional.

Tadeo, probó con otros recuerdos, recuerdos de la adolescencia temprana; tensiones con los compañeros, victorias deportivas, el primer beso, la muerte de su padre. Volvió luego a cuando era un bebe, aunque no recordara mucho, le bastaba con un pequeño atisbo para que la Galería rebuscase en su cerebro y le ayudase a reconstruir aquellas escenas olvidadas y revivirlas de forma más intensa y rica en matices.

Enseguida recordó sus pesadillas de pequeño llenas de angustia, eso le condujo a representar sus fantasías y sueños más reiterativos, también se sumergió en ellas, haciéndolas realidad en su mente. Sumergido en su propio universo abstracto, en su propio yo, pudo ver las razones de los enfados, ilusiones y desesperanzas de su vida y las reacciones que había causado en otros, con una sutileza y una destreza emocional jamás experimentada.

Aprendió de sí mismo, vio patrones en su comportamiento como solía reaccionar ante determinadas cosas, vio sus actitudes erróneas y sus virtudes más destacadas. Se conoció a sí mismo como nunca lo había hecho. Al igual que pasaba en todas las plantas el tiempo había desaparecido.

Todo lo bello y hermoso se encontraba en su interior, el exterior poco podría proporcionarle. Era menos interesante que aquel mundo en el que podía decidir en que recuerdo centrarse o que sueño vivir. Afuera todo estaba tan ordenado, era tan metódico, incluso dentro de la Atalaya, las reglas de la física, aun trastocadas, se encontraban presentes. Pero, entonces, en alguna parte de su interior, la duda surgió. Si estudiaba solo lo que su abstracción le mostraba, ¿qué posibilidades había de confundir realidad y ficción?, ¿qué cosas podrían poseer la certidumbre de no ser una invención de su propia cabeza o un deseo entreverado?

El mundo estaba atado a leyes, sí, pero también existía el azar y era ese orden en el que se encontraba lo más importante, en lo que se basaba todo el universo, incluso aquel que alimentaba sus recuerdos y fantasías. Si seguía estudiando su fuero interno, no conocería más verdad que la suya, que ni siquiera sería suya pues no sería una verdad alimentada por todas las vetas de la realidad. Sería una verdad que se fagocita a sí misma.

Con cada argumento, la duda se iba acrecentando y las visiones se nublaban, los dedos de Tadeo se alejaban poco a poco de las columnas. Comenzó a recuperar la visión del espacio concreto en el que se encontraba, se sentía hambriento y cansado, como si no hubiera comido en siglos y, entonces, se dio cuenta que parte de su cuerpo parpadeaba. Se estaba volviendo abstracto, un ente irreal. Si se hubiera dejado cegar

por esa visión limitada de la verdad se hubiera quedado allí atrapado, al igual que lo hubiera hecho en las otras dos plantas.

Una vez más, una parte de él se resistía diciéndole que aquel no era su destino final. Ansiaba más, necesitaba saber la verdad. Su cuerpo se iba solidificando y comenzó a respirar con esfuerzo, volvía a ser carnoso y pesado. No retiró, sin embargo, el último dedo.

No había nada en aquella galería con lo que interactuar no había salida alguna, no al menos material, Así que, manteniendo el último contacto a través de un breve hilillo de energía estática, Tadeo pensó: "llévame arriba, este no es mi lugar". La Atalaya, hasta el momento, había respondido a su deseo subconsciente de inconformidad, también haría caso de un requerimiento directo.

La columna se iluminó, Tadeo decidió ayudar imaginándose un elevador, unas escaleras cualquier cosa que ascendiera. El resto de las columnas también se iluminaron, los espectros se pararon y le miraron por unos segundos, conscientes por primera vez de su existencia. Lo único que podía ver ahora Tadeo eran luces circulares que le rodeaban mientras ascendía en una caja de cristal. Era un ascensor y le llevaba a la cumbre.

Fase 6: La techumbre. El mirador universal

Una plataforma se alzó en el suelo el ascensor emergió allí después se replegó sobre sí mismo y desapareció. No creía lo que veían sus ojos, estaba en la cumbre de la Atalaya. Pronto pudo descubrir que su percepción de la Atalaya como algo infinito no era descabellada. Sí, había llegado a lo más alto de La Atalaya, de todas Las Atalayas.

En la inmensidad del espacio una decena de estructuras cilíndricas (que forjaban estructuras orbitales), convergían en aquel ábside esférico, todas ellas tan caóticas como bellas. Tadeo comprobó que era indiferente la dirección en la que se desplazara, suelo o pared, no parecía haber diferencia alguna, allí no existían las coordenadas en el espacio.

Las superficies se combinaban y separaban harmoniosamente, pero nunca por donde Tadeo pasaba. Aquí y allá había antorchas con volutas de energía que colisionaban entre sí. Tadeo se sentó en unas losetas nacaradas y estas se alzaron, dándole una perspectiva de aquella terraza surrealista.

En las junturas de las Atalayas, grandes destellos luminosos parpadeaban, algunas placas despedían imágenes refractadas en una nebulosa de chispas inciertas. Se dio cuenta que todos esos halos intermitentes combinados con el espacio comenzaban a afectar su percepción sensorial.

Los sonidos eran sutiles pero complejos, todo a su alrededor parecía emitir una nota a baja frecuencia, si se concentraba en un sonido en concreto, este se disipaba. Solo cuando Tadeo se dejaba llevar era capaz de oír el conjunto orquestado. La temperatura, el cambio sutil de presiones, los olores... Los cinco sentidos comenzaban a sufrir una mutación, esa percepción del conjunto y no del elemento en sí, todo ello iba encaminándole a un estado de nirvana, pero la sensación era de hiperestimulación, como si nunca en la vida hubiese estado tan despierto.

Y cuando las losetas le llevaron allá a lo alto, cuando se alejaron y se quedaron suspendidas en el aire, Tadeo percibió la justa entre opuestos que conformaban a sí mismo una entidad única, y como a esta se le confrontaban a otras entidades que, a su vez, ejercían de fuerza opuesta. Todo era parte de una cadena cósmicamente esbozada. Se dio cuenta cuan relativa era la palabra "verdad" y cuan superfluo el término "ley".

Ejercían su justo dominio en sus territorios, pero respecto al Gran Conjunto no eran, sino, una mera posibilidad. "Nada es absoluto" se deslumbró Tadeo, " el absoluto nos es realizable en el universo", ¿Significaba aquello que no existía ninguna verdad tampoco absoluta, ninguna ley de validez universal?

El pálpito del mirador parecía susurrarle que la única verdad es que no había una sola verdad. "Pero...", se dijo Tadeo, "...si no existe una sola ley absolutamente verdadera, tampoco la ley que asegura tal cosa es absoluta".

"La paradoja parecía reinar en el universo, La paradoja nos pone a prueba", se dijo así mismo Tadeo, "nosotros debemos disiparla". "Si nada es absoluto y todo posee excepciones, cualquier regla universal asimismo también, incluso la que dice que nada es absoluto, así pues, ha de existir la posibilidad de que algo sea absoluto". Tadeo veía ya la luz de su razonamiento asomar, "podría caber la posibilidad de que la única excepción a que las leyes no sean universales, es que haya una que si lo sea". Tadeo sonrió, “y esa es la propia ley que niega la universalidad en sí misma". Tadeo ríe. "La única ley absoluta es aquella que dice que nada es absoluto", una paradoja circular.

Tadeo se sintió caer. Despejar una incógnita universal le había colmado de satisfacción. Estaba seguro de que ni siquiera su razonamiento podría ser absolutamente cierto, que habría mil formas de llegar a la misma conclusión, o quizás, formas de llegar a una distinta. Y ese caos, esa gran humildad ante la inmensa trama de opciones de la realidad, le divertía y satisfacía.

Pero cuando se posó sobre la mampostería del mirador, Tadeo descubrió que no se sentía tan pleno como esperaba, algo le faltaba aún. Ese mismo sentimiento incierto seguía dándole caza. Recordó su viaje: como había

confrontado el miedo a salir de la rutina que tanto le ahogaba, pero a la vez le protegía, como debió superar sus dudas en el sector Bh, las clases de los grandes maestros universales, las discusiones con sus pupilos, como descubrió la importancia de la enseñanza y el aprendizaje, del referente, y la cárcel que significaba si se negaba cualquier posibilidad de abrir la mente a otras dimensiones de pensamiento.

Recordó los observatorios fríos y automáticos, a los estudiosos embebidos en el ansia de conocer y ordenar el universo. La importancia del estudio y la cultura, de la observación, pero también la necesidad de vincular el mundo exterior con nuestro fuero interno. De ahí nacían las hipótesis. Sabedor de aquello también, su deseo de inconformidad había provocado que la Atalaya le trasladara.

¿Y la galería? los espectros que en ella habitaban eran fantasmas de su propios recuerdos y emociones, reviviendo más que viviendo. Cuán importante era atesorar las memorias de lo que somos y manejar el mundo de la abstracción y el ensueño, de conocernos a nosotros mismos. Lo importante de la emotividad y la imaginación. Tampoco fue suficiente.

Y aún allí, iluminado por el brillante caos ordenado del universo, por su diversidad que conformaba unidad, por su abstracción y repulsión, por sus verdades discutibles e indiscutibles rotando en círculo, sentía que aún no era suficiente. Faltaba algo más, un último paso.

Acompañado por el pulso de los cúmulos, Tadeo pensó que quizás fuera el propio recorrido el que marcaba su meta. Su inconformismo a dejarse encarcelar le hacía continuar una y otra vez hacia delante y lo seguiría haciendo a lo largo de toda su vida. Pero supo a su vez que, si no encontraba lo último que le faltaba, eso le podría llevar a estar perdido en el caos al que llamaba realidad.

Tadeo sabía que no había nadie allí en el mirador, pocos habrían llegado a donde él estaba saltando los escollos por el camino. Nadie con quien discutir aquellas visiones reveladoras, nadie más que el pulso del espacio y el de su corazón. Tadeo entonces tuvo una idea incierta de lo que necesitaba. Una sola palabra llego a sus labios, un ancla.

Miró al cielo. "Un ancla" repitió confuso, como rogándole al omnipotente monolito que le explicase aquello que ni el mismo sabía definir. "Aquí no la encontraré". Un estruendo irrumpió en el mirador universal, sonidos desgañitados y cambios de temperatura sucesivos hicieron a Tadeo inquietarse. De repente, a una velocidad pasmosa, las losas paredes y medias cúpulas derruidas se desintegraron y arremolinaron en un vórtice. Tadeo lo supo cuando fue propulsado hacia este, "aquí voy otra vez, el último viaje, el definitivo".

Fase 7: El ancla

Se agarró a tiempo al alfeizar de madera, a poco más sale Tadeo propulsado por la oquedad luminosa. Una voz cobró fuerza, escuchó un siseo, ¿una puerta deslizante?

—¿Bajarás a desayunar de una vez o no?, tienes cinco minutos, ¡aprisa!, ¡llegas tarde!

La voz le resultaba conocida, una cara de rasgos amables le miraba con una ceja levantada, pertenecía a una mujer.

—Deja de pasmar delante de la ventana —le dijo, y no pudo evitar una pequeña sonrisa, al momento desaparecía—. Acaba de vestirte y baja a la cocina. —La voz se alejó piso abajo.

Tadeo supo que se encontraba en su habitación mucho antes de que sus sentidos se lo dijesen, iluminada por la luz de la mañana, se encontraba con una playera puesta enfrente de la ventana abierta. La brisa cargada de tránsito de las calles y hortalizas del mercado de la esquina le hizo reaccionar. En sus manos había un trozo de cartón en blanco.

Tadeo, confuso, escuchó los crujidos de aquella casa antigua, propia del casco histórico de la ciudad, oyó los ruidos en el piso de abajo que indicaban ajetreos del tráfico y algún gorrión vagabundo haciéndose oír. Se asomó la ventana por la que había estado a punto de precipitarse.

La Atalaya no se encontraba allí, los contornos de la ciudad volvían a ser como antaño. El día no era particularmente soleado, pero aquella nubosidad grisácea era luminosa. Desde su cuarto en el segundo piso, Tadeo observó el horizonte, ese mismo horizonte que millones de personas podrían estar viendo en aquel momento y supo que era libre, que siempre lo había sido, que podría alcanzarlo cuando quisiera. Una voz le saludó desde la calle, una niña con un lazo agitaba al mano, otro hombre inclinó su cabeza; eran sus vecinos y conocidos que, en sus rutinas diarias, saludaban, corrían de aquí para allá con prisa, paseaban, conversaban o reían. Tadeo les devolvió el saludo y, fue entonces, en aquel cuarto de aquella casa antigua de solo dos plantas, cuando Tadeo, con un ojo puesto en el infinito y otro en su gente, se dio cuenta. Subir a la cumbre, siempre implica descender, la ida, un retorno, y el conocimiento, humanidad. No se puede comprender lo que es explorar sin comprender lo que significa "hogar". "Después de todo”, se dijo el joven Tadeo, haciendo gala de una sabiduría impropia para su edad, "toda mente necesita un ancla en el corazón". Aquello era todo lo alto que necesitaba llegar, aquella vida era su propia Atalaya y aquella planta era

su planta.

Desde la cocina llegaba un olor dulce, se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Tadeo, antes de echar a correr, lanzó la tarjeta en blanco por la ventana y la brisa la arrastró lejos, muy lejos, en dirección al horizonte, en busca de nuevas manos.

Capítulo 19

LAS LLANURAS DE ARCILLA

En las llanuras de arcilla nada crecía. Los matorrales secos acababan sus días en la hoguera, pues no tenían otra utilidad. Ni fruto ofrecían al hambriento, ni color al paraje. Los animales de pasto no sobreviven mucho tiempo en los dominios de la culebra y el roedor, entre mato seco y polvo. No siempre había sido así. Ese gran escenario, antaño, se engalanaba con salpicaduras de fronda y se le podía llamar hogar. Bai retenía aún esa palabra en la memoria, sentado a unos metros de su cabaña de arcilla barro y alabastro, entrecerraba los ojos y venteaba la brisa en busca de algún aroma de nostalgia camuflado. Su hijo, mientras, recogía más pasto seco.

La comida aquel día era más exigua que nunca, dos ratas bermejas y un lagarto zancudo. Bai se sentía frustrado. Ni su pértiga afilada, ni su honda, ni su pericia... De nada servían, no contra la escasez. Se habían resistido a abandonar esas tierras hasta entonces, tenían un pequeño suministro de agua subterránea y la ladera de la meseta, en su peculiar inclinación, les proporcionaba cobijo en invierno y sombra en verano, eso era suficiente.

Bai observó a su hijo que silbaba una canción de forma entrecortada, debido al esfuerzo que requería su tarea. Dodamodia le había puesto su madre al nacer, segundos antes de que ella pereciera. Era de espíritu curioso y corazón compasivo. Su padre, sin embargo, era de naturaleza solitaria y, a pesar de ello, no alcanzaba a comprender como su retoño, tan joven como era, podía soportar aquella vida sin queja alguna. Una vida sin estímulos y apenas sin compañía.

Solo de vez en cuando bajaban de la meseta para visitar a algunos vecinos cuyo número, con el paso de los años, se había ido reduciendo. Tan solo quedaban Watabe y Mosai, amigos de la familia desde siempre. Dodamodia disfrutaba de lo lindo con sus hijos las pocas veces que se reunían.

Desde hacía ya muchos inviernos, la llanura de arcilla era un cementerio de polvo. Mientras Bai azuzaba las llamas, se preguntaba cuántos de sus antiguos vecinos habrían sobrevivido al Éxodo. Acabaron de comer. Habían roído hasta los huesos. Su hijo ya saciado, dormitaba sobre las pantorrillas desnudas de su padre. La realidad golpeo a Bai en la cara sin previo aviso y rompió en llanto. Sus lágrimas perlaron la cabeza de su hijo

que, en su regazo, se agitó en sueños.

La comida escaseaba cada vez más, el depósito podría secarse en unos años, pero El Éxodo era un viaje a lo desconocido, la muerte árida, y tenía un niño a su cuidado. Necesitaba una segunda opinión así que decidió que visitaría a su amigo Watabe al día siguiente, quizás él también había llegado a la misma conclusión.

—Dos cabezas piensan mejor juntas —se dijo Bai, mientras llevaba a su hijo en brazos a la cabaña.

Al día siguiente, Bai bajó al valle. Había dejado a su hijo ocupándose de quehaceres menores, indicándole que pasaría por la cabaña de Watabe antes de ir de caza. Una hora después, se encontraba en el hogar de su amigo Watabe donde se encontró con algo excepcional. Mientras descendía por la pared arcillosa de la Gran Meseta, Bai, divisando la cabaña en la lejanía, se había sorprendido del colorido de los pastos en el terruño de su vecino. Al principio, pensó que era una ilusión provocada por el calor, pero no fue así. Al acercarse a su destino, se percató de que no se trataba de una visión, sino de un milagro. Las tierras de Watabe eran un vergel.

—Pero, ¿cómo es posible? —Bai estaba tan aturdido que podía haberse olvidado de respirar, Watabe le sonreía satisfecho.

—Un verdadero milagro, ya ves —le respondió.

Watabe le rellenó el cuenco de arcilla con más néctar de cardo. Una bebida que, desde los diez años, Bai solo había vuelto a probar en sueños. No paraba de llevarse el líquido rojo a la nariz para olfatearlo una y otra vez. La familia de Watabe se mostraba vital ante una providencia tan esperanzadora.

—Un milagro —no paraba de murmurar Watabe.

—Pero es imposible. Así, de la noche a la mañana... ¿Es eso cierto?

Watabe en ese momento miró a su esposa Mosai de reojo, esta se encontraba remendando unas prendas y le devolvió una sonrisa trémula.

—Pues así fue tal como te digo.

—Pero si apenas teníais agua suficiente sino era para vuestro consumo.

—No lo sabemos, ahora la tierra siempre está húmeda.

Bai era, ante todo, observador.

—¿Qué ocurre, que pasa?, ¿Por qué miras a tu esposa de ese modo?, hay algo que no me estáis contando.

Watabe, cogido en renuncio, se puso nervioso.

—Entiendo. Quizás no queréis compartir vuestro secreto, teméis que si me lo decís yo pueda...

Bai se sentía, de repente, profundamente herido, pero antes de que pudiera terminar la frase y ponerse en pie, Watabe, le dijo:

—No es eso. Verás, es otra cosa...

—La Catula —dijo de improviso Mosai.

—¿La Catula? —Bai se volvió a sentar.

Watabe parecía haber recuperado las palabras y el ánimo.

—Ahora ya no queda más remedio que decírtelo.

Le cedió la palabra a su mujer con un gesto.

— Fuimos a ver a La Catula —dijo esta—, para que nos ayudase. Nos dijo que no habíamos complacido a los Inmensos, que no habíamos clamado por su ayuda, dándoles prueba de nuestra fe, como antaño.

La Catula era la chaman del viejo culto de la Comunidad. Se decía que ahora vivía sola en la estepa, qué se había negado a aceptar la huida de su pueblo y se había vuelto una ermitaña, una loca. Algunas malas lenguas decían que había muerto, otras, que su espíritu vagaba por algún lugar de los páramos enloqueciendo a los viajeros.

—¿La Catula? No puede ser, nadie la ha visto en décadas.

—Fue sacerdotisa, no lo olvides Bai. Dime, desde El Éxodo, ¿cuantas veces has cumplido los ritos?, ¿has honrado a los Inmensos?, ¿has oído las palabras de Una Voz? La Catula, en su tiempo, fue Una Voz poderosa.

—Aunque así fuera, no es de fiar.

La pareja intercambio miradas de nuevo.

—Nosotros hemos ido, hemos hecho lo que nos ha dicho y ahora ya ves.

—¿Y qué os dijo?

—No podemos decírtelo, es algo personal, protocolo del culto... Ya sabes.

Bai notaba algo raro en sus amigos. Se quedó en silencio y el viento del páramo acompañó sus pensamientos, las risas de los muchachos de Watabe jugando en el exterior le hizo reaccionar de nuevo.

—Bien, será verdad, pues. ¡Increíble! Quizás los Inmensos sí nos hayan abandonado.

La esposa de Watabe, a sus espaldas, posaba ahora una mano sobre el hombro de su marido y los dos escucharon la decisión de Bai.

—Iré en busca de La Catula, esta noche no le traeré una mísera rata a mi hijo para cenar. Habrá frutos en mi tierra y carne en mi estómago. Haremos un festín, si los Inmensos así lo quieren.

Sus ojos casi en blanco miraban hacia un futuro intangible, esperanzador. Pidió las indicaciones necesarias, cogió su bolsa y su jabalina y se despidió, agradeciendo sus atenciones.

La pareja se asomó a la puerta de la cabaña y, con una débil sonrisa, le vieron partir. Watabe bajó la cabeza entonces, compungido. Su mujer tiro de él hacia el interior.

Al este de las Madrigueras donde Bai procuraba sus piezas, se extendía el Páramo, y un poco más al este, a donde las indicaciones le llevaban, estaban Las Zarpas. Allí la tierra arcillosa parecía haber vomitado géiseres de mineral fundido que, al hacerse sólidos, habían creado un bosque de retorcidas columnas. Estas proyectaban sus sombras alargadas cortando a cuchillo la luminosidad anaranjada que desprendía la tierra. A Bai no le gustaba mucho la idea de adentrarse en esa región, pero se sabía un hombre al que no le sobraban alternativas. Quizás solo hubieran pasado unas horas desde que se puso en camino, pero pronto se sintió agotado. Vapores nocivos emanaban de las grietas que se abrían en el terreno y, tras unos cuantos metros más, tuvo que sentarse y reposar un poco a la vera de una protuberancia arcillosa. Se sentía algo mareado.

En un rato pareció encontrase mejor, quizás ya se había acostumbrado al ambiente enrarecido. Se puso en ruta de nuevo. Fue al atardecer cuando divisó algo extraño en la lejanía. Parecía una casa colgante, esférica hecha de estuco y gruesas fibras de cáñamo sustentada con largos cabos a dos de las más grandes columnas del lugar. Bai supo enseguida que se trataba de la casa de La Catula. Él solo se había dejado llevar por su instinto, pues las indicaciones fueron muy generales y dio gracias por haber tardado tan poco tiempo en encontrarla. Pasar una jornada entera en aquellas tierras no era buena idea. Bai no podía imaginarse como la anciana "Voz" podría

vivir en un lugar así.

Bai dedicó unos minutos a contemplar aquella esfera pendulante, aquel refugio elevado, último vestigio del antiguo rito en toda la llanura. "Se conoce que debo trepar”, se dijo. Las columnas que sustentaban la cabaña eran retorcidas y fácilmente escalables, y las cuerdas de cáñamo tenían el mismo diámetro que una boa de la corteza. Tardaría un par de minutos en llegar arriba. Bai era un hombre delgado, pero recio, no tuvo especiales problemas en llegar a la pasarela de cabos entrecruzados.

Mientras se acercaba a la entrada de la choza haciendo equilibrios, una voz, parecida al chirrido de los grillos, gritó.

—Fuera, fuera, no hay nada aquí para ti, solo arcilla cocida y carne vieja.

Bai, cogió aire y cargó sus palabras de decisión.

—Es a ti a quien busca Catula "Última Voz", vengo a escuchar de nuevo.

—Ya no hay ninguna voz aquí, tan solo una garganta seca, ya no hay voz.

—Sé que has prestado servicio a otros La Catula, préstamelo a mí.

—Falacias.

—¿Es que acaso no soy digno?

—¿Lo eres? —La voz contrajo un deje de sorna—. ¿Cuánto hace que no rindes honor a los Inmensos? Aunque pudiera cantarles no lo haría, pues no han recibido servicio alguno por tu parte.

—¿Te refieres...—Bai recordó los rituales de su juventud— "al acomodo"?

La anciana seguía hablando desde el interior y él la escuchaba cimbreándose en el puente de cuerdas, a merced del viento.

—Si deseas escuchar, haz lo pertinente, pues. Ofréceles un lugar donde reposar en su visita. Baja a la llanura y construye un reclinatorio de arcilla. —Bai iba a replicar, pero no tuvo oportunidad—. Ve, los Grandes Padres no muestran su sabiduría a aquel que no muestra su humildad.

Bai abrió y cerró la boca un par de veces aun en desacuerdo, pero descendió de nuevo y comenzó a apilar rocas, labor que le llevó más de dos horas. Varias veces la estructura se cayó y, varias veces, hubo de reconstruirla.

La noche acechaba ya, en la cabaña Bai pudo observar una luz tenue a través de los ventanucos cegados con gasas, La Catula le observaba. Bai

había finalizado el ritual. Agotado y apenas sin nada en el estómago más que un poco de cecina, sacó fuerzas de flaqueza y escaló de nuevo el pilar, esta vez ninguna imprecación le detuvo. Es más, al llegar al cortinaje de la entrada, la voz chirriante le invitó a entrar.

Olía a almizcle y ahumado, quizás producto de pieles curtidas y botánica en descomposición. Los cabellos de la mujer (si podía llamarse así), se encontraban coronados por una maraña de ortigas y sujetados por cinchas, su rostro parecía esculpido en un quebradizo gneis y la tintura de sus ojos, semejante a las alas de una polilla, invitaba a uno a irse por donde había venido, sobre todo cuando ella te escrutaba sin necesidad de pestañear largo minutos.

—Con tu reclinatorio —dijo—, has invitado a los Inmensos a bajar y reunirse contigo, pero los Inmensos no responden a ruegos y preguntas, cazador. Ellos hablan sin importarle lo que tú quieras escuchar y solo ellos deciden cuando callar. Si existe algún deseo en tu corazón, reza porque lo escuchen. Grítalo bien alto y quizás te hagan caso.

Había una cazuela de arcilla al fuego, que había empezado a burbujear hace unos segundos. Un olor distinto comenzó a invadir la cabaña, más agridulce, más agradable. Bai se encontró, sin embargo, volviendo a respirar con dificultad. Las masas solidas a su alrededor comenzaron a adquirir la levedad de un velo, comenzó a hablar, sabía que el proceso había comenzado.

—La tierra se muere, grandes padres, ¿Me habéis abandonado?, ¿y mi futuro y el de mi hijo? ¿Es porque hemos obviado la voz? No os olvido Grandes Padres, pero no os olvidéis de mí, ¿qué debo hacer? que debo...— Bai solo se escuchaba a si mismo emitiendo un murmullo, la voz de La Catula se parecía cada vez más a los ruidos de un insecto.

—Hablaran a tu oído —le susurró. Bai supo que el aire que respiraba ahora era Su aire, el aire de Allí.

Los crujidos del cáñamo que rodeaba al refugio eran ahora insoportables, su propia respiración le parecían viento huracanado. La Catula no parecía afectada, quizás ya fuese inmune al Aliento de los Inmensos. Lentamente, en lo que parecía un millar de años, le acercó un cuenco con el contenido de la cazuela.

—Esto te proporcionará calma en la tormenta. Bebe y parte ya. —Bai quería negarse, pero domino su instinto animal. Otro millar de años pasaron antes de que el cuenco llegase a sus labios.

Apenas notó el líquido en su garganta quiso regurgitarlo, pero el fluido, más rápido que sus impulsos, había alcanzado ya su estómago. Solo un trago fue suficiente para volverle del revés. Ahora él era el engullido,

engullido y digerido por una bestia oscura e informe. Ya no oyó más el crujido del cáñamo ni la respiración gruesa de la anciana.

Eón tras eón, las llanuras florecieron y marchitaron hasta que ya no volvieron a florecer. En la sequía permanente, tumbado en el polvo de la llanura, Bai vio pasar los siglos. Las nubes en lo alto, moviéndose en violentas espirales, conformaron la silueta de una máscara ritual que sonrió cáustica, una sonrisa cruel y familiar. Entonces la tierra en derredor se rompió y geiseres colosales salieron despedidos de inmensas grietas y rocas volcánicas fueron escupidas en chorros verticales y se solidificaron en aquel universo atemporal. Bai reconoció aquel lugar, Las Zarpas en sus inicios. Una columna de material candente le arrastro en su caudal hacia las alturas. Bai estaba adherido a ella por la piel quemada de su espalda que se había fundido con el mineral, quedó crucificado al solidificarse la arcilla.

Desde allí pudo ver el lugar en vuelto en vapores y, entre los vapores, un túnel se abrió. A través de ese túnel de humo pudo recorrer a vista de águila todo el camino de vuelta a las regiones del este, al Paramo y a la Meseta, y, entonces, una silueta conocida se dibujó ante sus ojos, una construcción... su cabaña. De repente, un geiser mayor que los demás, esta vez verduzco, surgió justo debajo de sus cimientos y extendió su ponzoña por toda el área. Cabalgando en el geiser, entre trozos de madera y estuco, balanceado por el aire a presión, Bai vio un cuerpo. Era el cuerpo su hijo, con sus huesos quebrándose en el aire.

Bai gritó y el geiser se tragó su hijo y se hundió en la tierra, gritó y la humareda sofocó la visión, gritó y la columna volvió a descender hacia el suelo. El humo se disipó, la máscara sardónica rio con temblores de tierra. Entonces, la oscuridad regresó.

Con la boca pastosa y aturdido, Bai se irguió, se froto los ojos para recuperar visión e intentó levantarse tanteando la superficie a sus espaldas. La luz de la mañana era tenue y ayudó a sus retinas a adaptarse más rápido. Escuchó el constante chirrido de los grillos marrones, anunciando el alba. Sus pertrechos estaban en el suelo, seguía ataviado como para el viaje. Miró alrededor en busca de la cabaña colgante. Ni rastro de ella, de hecho, ni siquiera estaba en el mismo lugar que la noche anterior. Recordaba aquel enclave, había estado antes allí, cuando se había parado a descansar. Dio un respingo y miró la columna en la que estaba apoyado, era la protuberancia de arcilla que había usado de respaldo.

¿Entonces eso había sido todo?, ¿agotado por el aire de Las Zarpas se había quedado allí inconsciente? ¿Nunca había llegado hasta tierras más profundas? "Imposible, ¿y ella?, ¿y lo que vi?”.

La visión que tuvo de su hijo se impuso, sustituyendo toda incertidumbre. Comenzó a sudar. Sueño o no, no podía ignorarla. Trató de aclarar sus ideas y el miedo se acrecentó aún más. Había pasado todo el día y la noche fuera, no había vuelto a casa ni había llevado comida. Rezó porque su hijo hubiera podido aguantar o hubiera acudido a la cueva de provisiones, su último recurso. Bai también debía pasar antes por la cueva, lo que había era poco, pero debía llevar algo para comer aquel día, urgentemente. No había tiempo ya aquel día para descubrir si La Catula pertenecía a este o el otro mundo.

Recorrer el camino de vuelta le llevó toda la mañana, él también se encontraba hambriento. Acabo llegando al pie de la meseta y se desvió un poco hacia su cara oeste, allí, al pie de la gran formación había un conjunto de cuevas. Una de ellas era su almacén para el invierno, ese invierno seco y mortal.

Primero, debía entrar por un gran túnel, una galería principal que tenía a su vez acceso a pequeñas cuevas. Buscó la suya cerca de la entrada, se sabía el camino de memoria. Un minuto después, salía cargando un par de sacos de cecina. Debía llegar a su cabaña, sino, no se quedaría tranquilo.

Entonces escucho pasos más adelante, en la galería principal. Alguien había entrado en el túnel y se paseaba por los corredores. El intruso llevaba una antorcha, las luces titilantes de esta denunciaron su rostro. Era Watabe.

¿Qué hacía allí? Watabe almacenaba todo bajo su casa y, además, ahora tenía la bendición de los Inmensos. Bai le vio alejarse por el túnel hacia el sur, dio un par de pasos en pos de él y se asomó justo a tiempo para divisar como escalaba la pared hacia el agujero apenas perceptible. Parecía otra galería de túneles, esta más pequeña, que ascendía en diagonal hacia el exterior.

A pesar de su curiosidad, Bai reculó, no había tiempo para aquello, debía llevarle sustento a su hijo. Tardó casi una hora en escalar la parte de la Meseta, otros veinte minutos en llegar a la cabaña. Nada más llegó pudo comprobar que las ramas estaban apiladas, la casa barrida, los cuchillos afilados y pulidos. su hijo había hecho sus tareas, incluso había ido a recoger agua. Le llamó: "¡Dodamodia, hijo!, ¿me oyes?, contesta". Entró y salió varias veces de la cabaña y hasta la rodeó por completo, nada. Luego se alejó hacia las bajas praderas que rodeaban la caseta, quizás había salido a recolectar alguna raíz o matar alguna rata.

Tras registrar la zona más cercana a sus tierras sin resultado, volvió a la cabaña y se encamino hacia el camino que provenía de la Meseta. Había estado tan concentrado en volver al hogar que no había registrado a fondo la bajada. Entonces vio algo cerca de un roquedal. Un grito surgió de su

pecho, anteponiéndose a toda expectativa.

"¡No!", surgió mucho antes de ver el bulto en la hierba, "¡No!", mucho antes de ver aquel cuerpo inerte. Comenzó a llorar mientras se agachaba y giraba su rostro. Lo sabía, lo supo todo aquel tiempo, algo se lo decía. El cadáver de su hijo lucía azulado, no tenía pulso. Su hijo no solo iba pertrechado con aperos de caza sino con algunas sobras de la cena pasada, Bai supo en seguida que no había ido a cazar, había ido a buscarle a él porque estaba preocupado. Pudo ver dos incisos en su tobillo, algo le había atacado; una serpiente de la hojarasca. El niño aún no era lo suficientemente experto como para conocer donde construyen sus nidos. Su veneno mataba en tres horas sino era extraído por alguien. Su hijo había muerto, una muerte lenta y agónica.

Bai apenas podía coger aire, "si hubiera estado ahí... si él...", no pudo acabar la frase, no había palabras, no las había, acunó el cadáver entre sus brazos meciéndose adelante y atrás. Lloró hasta el agotamiento, se quedó dormido, despertó y volvió a llorar.

El sol se puso y salió de nuevo. En la noche dio sepultura a su hijo y se desmayó de cansancio. En su delirio volvió a ver aquella visión. Su hijo muerto cabalgando un géiser ponzoñoso. ¿Le habían advertido los Inmensos?, ¿o quizás había sido solo su subconsciente?

Recordó, entonces, la máscara de nubes burlona. Esta vez, esa imagen se congeló en su cabeza, ¿cómo no lo había reconocido antes?, aquella faz que se reía de él, que se regocijaba en su desgracia... Era la de Watabe.

Watabe ocupó sus pensamientos al despertar y al coger sus pertrechos, Watabe al bajar la meseta a traspiés, Watabe permanecía aun en su mente al llegar a las cuevas, herido y cubierto de polvo. Sabía que no cabía duda alguna, todo aquello había comenzado con Watabe, con su milagro, y Watabe sería quien esclareciera todo el asunto. Era allí, en aquellos pasadizos secretos, donde se encontraba la respuesta a todo.

Echando mano de su memoria, Bai fue tanteando las rocosidades, levantando la cara para poder notar las corrientes de aire que le indicaran la posición de la oquedad.

Tras dar vueltas en la misma área, la encontró. Una vaharada de fauna y humedad que dejó a Bai confuso. Este escaló la pared e introdujo su cuerpo en la galería diagonal. Era más lisa que la principal, sus paredes estaban más pulidas y, tras haber andado un rato de rodillas por su estrechez, notó como arcilla mojada dejaba una costra en sus rodillas.

Pasados unos minutos, una luz tenue se distinguió al final. Estaba llegando al final de la galería, donde le recibieron el sonido del agua

corriente y el silbido del viento entre árboles.

En la techumbre de la cueva había una oquedad creada por la formación natural del terreno. A través de ella penetraba la luz del sol. Vetas de minerales pulidos refractaban la luz por toda la cueva. Una piscina de agua subterránea se perdía en las áreas más cavernosas.

Bai cogió un puñado de tierra entre sus manos, no se lo podía explicar. La humedad bajo aquella horadada cúpula era revitalizadora, los hongos crecían diseminados y el suelo de arcilla se encontraba enriquecido con una buena capa de humus. El pasto era verdoso, árboles frutales, zarzas y arbustos lindaban lo que Bai, atónito, pudo distinguir algo semejante huerta, una buena huerta donde crecían altivos los nabos, las judías y las remolachas y, más allá, un pequeño jardín con zarzamoras e incluso fresas. Alguien había cultivado aquella tierra, alguien se valía de ella.

Las tierras de arcilla que habían hecho de la superficie una tumba, aquí abajo, en aquellas condiciones, era un fenómeno sin precedentes. Uno cuya existencia alguien había decidido guardarse para sí. Bai sabía quién era el único beneficiario de aquel vergel privado: "Watabe...". Nunca había habido milagro alguno, quizás ni siquiera existía ya la Ultima Voz. Aquel enclave subterráneo había sido el causante de su prosperidad.

Bai pudo ver agujeros excavados en ciertas zonas a las orillas de la piscina, no estaba muy seguro, quizás fuera una suerte de canalización de agua. ¿Podría ser posible? Aquello no era cosa de meses. Quizás ya haría algunos años que Watabe había descubierto aquel enclave y había comenzado sus cultivos y empezado las obras de canalización para abastecer, poco a poco, los jardines que rodeaban su propiedad. Todo en el más absoluto secreto para que los vecinos restantes no descubriesen el enclave. Nada de milagros, tuvo suerte y, en su mezquindad, decidieron no compartir su hallazgo mientras sus vecinos se enfrentaban a un éxodo sin retorno o a la hambruna.

¡Qué sorpresa la de Watabe al llegar un par de horas más tarde a su escondite de abundancia y encontrarse con la pértiga de Bai en el cuello! Este temblaba lleno de ira contenida. Watabe le hizo un gesto con las manos para que se tranquilizase, Bai gritó:

—Todo fue mentira, ¡todo!, el milagro, la Catula.

—Bai, yo...

—¡Sabías como salvarnos a todos de nuestra miseria y permaneciste en silencio, nos condenaste!

—Tengo una familia, tienes que...

Bai aulló de dolor, casi rozando la locura, él también había tenido una familia hacía menos de un día. Watabe arguyó:

—Si le hubiese contado a todos los que quedan sobre este enclave lo asolarían. ¡No hubiera quedado nada!

—Me mandaste a un páramo inhabitado con falsas esperanzas, casi no sobrevivo a causa de la ponzoña de su aire. Él... mi hijo... salió a buscarme, hambriento y cansado ¡y ahora ha muerto! El veneno de esa serpiente no es tan diferente al que emana de tus palabras.

—¡No puedes culparme de ello solo a mí!

—¡Te atravesaré el corazón, es lo que te mereces!

El extremo afilado de la pértiga, presiono levemente la carótida de Watabe. Watabe preso de una furia desesperada le miro a los ojos con frialdad.

—¿Y tú, insensato?, ¿que fuiste a clamar al cielo a rezar en los Paramos?, ¿cómo podía saber yo que te arriesgarías a tal cosa tras mis absurdas indicaciones? Mejor hubieras hecho dedicándote a conseguir alimento para tu familia, explorando tus tierras como hice yo, en pos de algo útil, en vez de perder tu tiempo en lamentos y en creer en cuentos. No tienes sino lo que mereces. Los Inmensos no harán por ti lo que tú no hagas por ti mismo.

La jabalina se alzó en el aire, reflejándose en los minerales acristalados de las paredes. El golpe seria mortal. Bai respiraba pesadamente y con los ojos desorbitados.

—¡Tu hijo ha muerto, pero los míos, no! ¡Por los Grandes Padres! ¡Me necesitan!

—Ahora estas tierras los alimentará a ellos.

—Son muy pequeños, no saben cómo. Mi mujer espera otro niño. Ellos no podrán seguir adelante, no sin mí.

Bai intento tragarse esa furia, pero la regurgitaba una y otra vez. El dolor le laceraba el pecho, el testimonio de la mirada de su hijo era una carga demasiado pesada. Y su voz, esa voz pausada... Su imagen fue vívida, lo veía como siempre, tranquilo y apaciguador. Recordó cómo dormía en sus rodillas todas las noches a la luz de la hoguera y cómo le abrazaba una pierna cuando él se enfadaba, cómo le hacía reír. Y aún en el tormento de su dolor, su hijo llegó a él, una leve voluta de su compasión innata flotó

sobre Bai. En ese momento, el recuerdo de Dodamodia le reveló una gran verdad, que un hijo nunca debía pagar la necedad de un padre.

Luchando contra fuerzas invisibles, casi sudando, Bai alejo la jabalina de Watabe, pero su brazo aun la sujetaba en el aire, tembloroso. La duda ya no le atormentaba, la venganza parecía ahora efímera.

Cuando la voz de su hijo calló, su propia voz habló, la voz de su dolor. Bai afirmó el brazo de nuevo, Watabe dio un gritito asustado, pero la jabalina apuntaba ahora en dirección contraria. Bai se empaló a sí mismo. Otra verdad indiscutible dominó su pensamiento hasta el último latido, "un padre nunca debería sobrevivir a su propio hijo". Bai cerró los ojos y sonrió a Dodamodia, lo único en el mundo que había merecido su fe.

Capítulo 20

EL SALÓN DE ÁMBAR

Los portones traslúcidos se abrieron sin chirriar. El ámbar del que estaban hechos era tan denso que no se veía apenas lo que había al otro lado. Hiera se atusó el pelo y se ajustó el corbatín de su uniforme mandarina compuesto de falda y americana. Esbozó una amplia sonrisa.

Un hombre nervudo, de rostro afilado y con cara de confusión entró en la sala dando dos pasos adelante y uno atrás. Miraba con temor la inmensa sala hecha de ámbar, la luz de las lámparas se reflejaba en ellas inundando el lugar de mareas anaranjadas. Lo único que no estaba hecho de ese material era un árbol majestuoso, colocado en el centro de la estancia. Su tronco sangraba ríos de resina que recorrían todo el lugar. Amueblada y decorada como un gran salón del siglo dieciséis, la sala llamó la atención del anticuario. Porque el recién llegado era anticuario, Hiera lo sabía, su trabajo era saberlo todo sobre él.

Los ojos del anciano, verdes como el moho, repararon en ella. El anticuario levantó las cejas alarmado. Como en un conocido ritual, Hiera le saludó muy cortésmente.

—Saludos, soy Hiera y seré su guía en este lugar. Bienvenido al Salón de Ámbar. —El anticuario hizo una breve inclinación de cabeza.

—Por favor, se lo ruego, sígame. La mesa está servida.

El anticuario siguió a Hiera hasta una enorme mesa repleta de comida. Las viandas encima de platos de cristal amarillo no eran del otro mundo, pero el anticuario las olía y las comía con lentitud como intentando adivinar algo, como si encendiesen una chispa de consciencia en su interior.

—¿Ha probado alguna vez algo así?

El anticuario habló con voz pastosa, saboreando un postre de vainilla que sostenía con inseguridad.

—No lo sé, quizás haya probado algo parecido, no estoy seguro.

—Es posible —dijo Hiera satisfecha—. Quizás este ligero brunch le haya dado fuerzas y le ayude a la hora de tomar sus decisiones.

—¿Qué decisiones?

—Estoy aquí para atestiguar que usted da lo que nosotros llamamos El Paso, para valorar si está preparado, y si no lo está, ayudarle a que lo esté.

—¿El Paso? —preguntó el anticuario confuso.

—Puede que sus recuerdos se hayan nublado, pero si de algo es consciente es de lo que le hablo, ¿me equivoco? Recapacite.

Tras un suspiro entrecortado, el anticuario musitó:

—Sí, creo que sé de qué me habla.

—Es un procedimiento sencillo. Si ya ha terminado, sígame, por favor.

Abandonaron la mesa y ella le acompañó del brazo al centro del salón cruzando los puentes de madera supurante, bajo los cuales corrían los torrentes de resina.

—Todo este ámbar de calidad, debe valer una fortuna —murmuró el anticuario.

Hiera sonrió sin responder. Llegaron al gran árbol.

—Comenzará aquí, en el eje del salón —dijo ella.

—¿Que he de hacer?

—Es sencillo, por todo el salón hay una gran variedad de objetos encerrados en grandes piedras o ataúdes de ámbar. Coja todo aquello que considere valioso. Solo las personas que poseen un gran juicio de valor atraviesan la puerta del Paso, cuanta más valía tenga su carga, más preparado le consideraré para continuar. Use esto. —Una carretilla surgida de la nada se encontraba ahora a la vera del anticuario.

Hiera irguió una mano hacía una de las ramas y arrancó una hoja, que se desprendió con un sonido parecido al de unos crótalos.

—El tiempo que tarde esta hoja perlada en surcar el rio y llegar a aquella catarata, es el tiempo del que dispone para la recolección —le advirtió Hiera.

Con un delicado movimiento de muñeca dejo caer la hoja en la corriente. El hombre titubeó, hasta que comprendió que no estaba de broma y trotó por todo el inmenso salón con su carretilla, recogiendo objetos. Algunas masas de ámbar eran grandes y pesadas y encerraban muebles artesanos

de alta calidad, otras más pequeñas, enclaustraban joyeros, alhajas o piezas de oro vislumbrables a través de su coraza de resina. La carretilla parecía no tener fondo. Cogió cuantos más objetos mejor, cuánto más ostentosos mejor, solo dudo en uno de ellos, un juego de cepillos de tocador. Parecían de plata y eran bastante antiguos, valiosos sin duda, aunque había cosas de mucho más valor por los alrededores. Sin embargo, los cogió, no creía haber perdido mucho tiempo por ello. El hombre estaba satisfecho con sus elecciones; como anticuario, creía poder evaluar un objeto y saber si este era o no valioso.

Cuando el tiempo finalizó, Hiera le ordenó volcar el contenido de la carretilla. Un gran montón de escombros de ámbar se amontonaron sobre el suelo, de ese gran montón, y tras un par de ojeadas, Hiera solamente extrajo las piedras de ámbar en las que se encontraban encerrados los cepillos de plata y las puso aparte.

Luego chasqueó los dedos y el ámbar que rodeaba todos los objetos se derritió y dos regueros de resina fluctuaron de forma autónoma hacia sus manos. La resina se concentró en densas figuritas de ámbar, parecidas a los pesos de una balanza. Uno de esos pesos, y solo uno, era amarillo limón, surgido del ámbar que rodeaba a los cepillos. Los demás, procedentes de los otros enseres de colección, eran anaranjados. Cinco pesos del color del ocaso. Hiera indicó al confuso anticuario que le siguiera. El anticuario preguntó dudoso:

—¿Pero si va a evaluar la valía de esos objetos, porque los deja ahí tirados?

—La valía de esos enseres no se encuentra en sí mismos, sino en aquello que exudan, en el aura que los rodea. —Hiera levantó los pequeños pesos de ámbar que sujetaba en la mano, mostrándoselos al hombre—. Esto es todo lo que necesito para evaluarle.

Llegaron junto a una balanza finamente labrada. Hiera comenzó colocando algunos de los pesos anaranjados. El platillo de la balanza se inclinó hacia la derecha, Hiera entonces colocó en el otro platillo el peso amarillo limón, y la balanza dio un vuelco, la fuerza de aquella sola pieza era increíble. ¿Cómo un solo peso del mismo tamaño y material que los otros, más numerosos, podía pesar más? ¿Qué tenían que ver los cepillos de plata con ello?

Pero no fue suficiente, Hiera terminó de colocar los demás pesos anaranjados que faltaban en el otro platillo y este cedió hacia la derecha una vez más. La evaluación había finalizado.

Ella suspiró. Él la miró interrogante sin entender nada.

—¿Lo he conseguido?, ¿puedo dar el paso?

—Lo que sí puedo decirle, señor, es que es usted libre de abandonar esta estancia.

Él sonrió y aliviado buscó la salida. Hiera recogió su cuaderno de notas y señaló con su dedo hacia otra puerta de ámbar mucho más pequeña que la anterior.

—Por allí, dese prisa, aquí no queda nada más que hacer. —Y sonrió.

El viejo anticuario dio las gracias y, a traspiés, corrió hacia la puerta que se abrió sola. Al otro lado solo había neblina. Cogiendo aire, el anticuario la cruzó.

Hiera tomaba anotaciones en su cuaderno mientras las puertas se cerraban de nuevo. Murmuraba:

—Cuarto intento, puntuación alta, casi lo consigue... Quizás la próxima sea la definitiva.

Esbozando una sonrisa, acarició la pesa amarilla. Una imagen de los cepillos de plata se instaló en su mente. El ámbar de la pieza se volvió líquido y, reptando, cayó al rio de resina. Entonces el torrente del rio se alzó y su caudal empezó a formar figuras acuosas que representaron una escena con todo lujo de detalles, el tono anaranjado fue desapareciendo hasta que las figuras líquidas cobraron color y definición.

Una niña pelirroja y de piel aterciopelada como el albaricoque, se peinaba en camisón delante de un espejo. Era de noche. Una sombra irrumpió en la estancia. La niña sonrió.

—¡Qué tarde llegas, papá! Mamá está enfadada, te había hecho flan de vainilla para la cena, tu favorito.

—Tuve mucho trabajo, hija. ¿Cómo es que todavía estás levantada? Te tengo dicho miles de veces que no son horas para andar haciendo tontadas.

—Estaba peinándome —dijo ella poniendo morritos—, con los cepillos que tú me regalaste, ¿recuerdas? Pertenecieron a una marquesa, ¿verdad? —La niña lo dijo emocionada.

—Así es, o sea que más vale que los cuides. Ahora vete a la cama, no quiero volver a pasar por aquí y ver a la luz encendida. —La niña recuperó la languidez y asintió obediente.

La escena se desvaneció entre las luces del ámbar. El caudal retomó su curso. Hiera hizo un gesto resignado con la cabeza y se alejó andando hasta la entrada del salón. A su paso, todo cambió. El ámbar se derritió y luego se evaporó, el árbol invirtió su crecimiento y se hundió en el suelo, los torrentes se secaron.

El uniforme de Hiera se tornó marfileño, superficies blanquecinas con tintes irisados surgieron adoquinando toda la estancia y adornando el mobiliario. Hiera volvió a la entrada del salón, sus portones ahora también blancos, comenzaban a abrirse. Hiera se ajustó su corbatín.

Cuando las puertas se abrieron del todo un anciano de rostro afilado y ojos verdes como el moho entró en la estancia, dando dos pasos adelante y uno atrás. Miró con temor a su alrededor como si no recordara que es lo que hacía allí, o para que había venido. Reparó en ella, alarmado.

Hiera sonrió y saludó al anticuario.

—Saludos, soy Hiera, y seré su guía en este lugar. Bienvenido al Salón de Nácar.